

LA
JAURÍA
PERDIDA

B2+

❖ Джулс Хониг ❖

18+

Джулс Хониг

La jauría perdida

<https://litres.ru/74443503>

SelfPub; 2026

Аннотация

Вторая книга о Кларе Авила. Можно читать, не читая первую.

Сан-Антонио находят ребёнка, который не говорит, рычит на людей и носит на теле следы цепей. Рядом с Карлой Авила он неожиданно успокаивается.

Расследование приводит Карлу к подпольной сети, где оборотней годами разводили как бойцовых животных для нелегальных боёв. Но когда организаторы понимают, что их раскрыли, они выпускают десятки одичавших ликантропов на свободу прямо перед полнолунием.

Пока полиция готовится уничтожить их как опасных зверей, Карла пытается доказать, что многие из них прежде всего жертвы.

И единственный, кто может остановить стаю, мальчик, которого всю жизнь считали всего лишь номером.

Испанский, B2+ уровень.

Содержание

Глава	6
Capítulo 1. El niño que mordía	8
Vocabulario del capítulo	8
Ejercicios de vocabulario	21
Gramática: El pretérito pluscuamperfecto	23
1. Formación	24
2. Por qué es tan importante en este capítulo	25
3. Diferencia con el indefinido simple	26
Respuestas	27
Capítulo 2. Sin nombre	28
Vocabulario del capítulo	28
Ejercicios de vocabulario	41
Gramática: Necesitar que + subjuntivo	43
1. La regla básica	44
2. Ejemplos del capítulo	45
3. Otras expresiones con la misma estructura	46
Respuestas	47
Capítulo 3. No es un coyote	48
Vocabulario del capítulo	48
Ejercicios de vocabulario	63
Gramática: Oraciones condicionales	65
1. Condicional real (tipo 1)	66
2. Condicional hipotético (tipo 2)	67

3. Cómo distinguirlos en la práctica	68
Respuestas	69
Capítulo 4. La jaula	70
Vocabulario del capítulo	70
Ejercicios de vocabulario	85
Gramática: Expresar probabilidad y suposición	87
1. Deber de + infinitivo	88
2. El futuro de probabilidad	89
3. Verbos y expresiones de estimación	90
Respuestas	91
Capítulo 5. Número treinta y siete	92
Vocabulario del capítulo	94
Ejercicios de vocabulario	110
Gramática: El participio pasado como adjetivo	112
1. Formación	113
2. La diferencia entre acción y estado	114
3. Ejemplos del capítulo	115
Respuestas	116
Capítulo 6. La mujer de las cicatrices	117
Vocabulario del capítulo	117
Конец ознакомительного фрагмента.	126

La jauría perdida

Глава



Capítulo 1. El niño que mordía

Vocabulario del capítulo

Antes de leer, repasa estas palabras. Son clave para entender la escena.

la gasolinera abandonada — заброшенная заправка

destrozado / destrozada — растерзанный, изуродованный

las garras — когти

gruñir — рычать

morder / la mordedura — кусать / укус

agazapado / agazapada — притаившийся, припавший к земле

el instinto animal — животный инстинкт

asilvestrado / asilvestrada — одичавший

aferrarse (a alguien) — вцепиться (в кого-то)

retroceder — отступать, пятиться

temblar — дрожать

la cicatriz — шрам

el grillete — кандалы, кольцо-оковы

el frenesí — исступление, неистовство

el refugio (improvisado) — убежище (импровизированное)

El teléfono de Carla sonó a las cuatro y media de la madrugada, cuando el calor de la noche texana todavía no había

empezado a ceder.

Era Daniel.

—Necesito que vengas a la gasolinera abandonada de la Ruta 16, cerca del cruce con Loop 410. Trae tu equipo completo.

Carla ya estaba sentada en la cama, buscando sus botas con el pie.

—¿Vampiro?

—No sé qué es esto, Ávila. Nunca había visto algo así.

Colgó sin despedirse, lo cual, tratándose de Daniel, era casi peor que cualquier explicación que pudiera haberle dado.

Se vistió en cuatro minutos, con la rapidez mecánica de diez años de práctica: jeans negros, camiseta negra, botas de suela gruesa, la funda con la pistola al cinturón, y la bolsa de tela con su equipo ritual colgada al hombro. Antes de salir, se detuvo un segundo frente al espejo del baño para recogerse el pelo en una trenza gruesa, apartándolo de la cara. La cruz de plata de su abuela le golpeó el pecho cuando se inclinó a atarse las botas.

San Antonio a esa hora era una ciudad vacía, iluminada solo por los letreros de neón de los pocos negocios abiertos toda la noche y por las farolas que zumbaban a lo largo de la autopista. Carla condujo con las ventanillas bajadas, dejando que el aire caliente le despejara los restos del sueño interrumpido.

La gasolinera abandonada apareció al final de un desvío polvoriento, rodeada de coches patrulla cuyas luces azules y rojas pintaban las paredes derruidas del edificio principal. Habían cerrado ese negocio hacía años, cuando construyeron la

nueva autopista un kilómetro más al norte, y desde entonces la estructura se había ido pudriendo lentamente bajo el sol de Texas: cristales rotos, un letrero caído, malas hierbas creciendo entre las grietas del asfalto.

Daniel la esperaba junto a la cinta policial, con un gesto que Carla no le había visto nunca, ni siquiera en las peores escenas de los últimos años.

—Está detrás de los surtidores —dijo, sin preámbulos—. Te aviso ahora: no es bonito.

—Nunca lo es.

—Esto es distinto.

Caminaron juntos hacia la parte trasera de la gasolinera. El olor llegó antes que la imagen: sangre, mucha sangre, mezclada con algo más, un olor animal, denso, que a Carla le recordó vagamente al de una perrera mal ventilada.

El cuerpo estaba tendido junto a uno de los surtidores oxidados. Había sido un hombre de mediana edad, a juzgar por la ropa que todavía le cubría parte del torso. El resto resultaba difícil de describir con precisión clínica. No había sido apuñalado, ni disparado, ni decapitado con la precisión quirúrgica que Carla conocía tan bien de los vampiros. Lo habían desgarrado. Las heridas tenían la anchura y la profundidad de garras, no de ningún arma que ella pudiera nombrar de memoria.

—¿Licántropo? —preguntó, aunque ya sospechaba la respuesta y no le gustaba nada.

—Eso pensamos al principio. Pero mira el patrón de las

heridas.

Carla se puso los guantes y se arrodilló junto al cuerpo, examinando los cortes con la misma atención que aplicaba a cualquier escena. Los licántropos que conocía, Rafael entre ellos, mataban con una precisión funcional cuando mataban: heridas limpias, dirigidas, casi siempre en el cuello o el vientre. Esto era distinto. Las heridas se repetían, superpuestas, como si algo hubiera atacado una y otra vez sin ningún control, sin ninguna intención más allá de la violencia misma.

—Esto no es un ataque —dijo Carla, en voz baja—. Es un frenesí.

—Hay más.

Daniel la condujo hacia un lateral del edificio, donde un grupo de agentes formaba un semicírculo alrededor de algo que Carla no alcanzaba a ver desde su posición. Uno de ellos, un hombre joven que Carla no reconoció, sujetaba su propio antebrazo con una mueca de dolor evidente.

—¿Qué ha pasado?

—Hay un crío ahí debajo —dijo el agente herido, señalando con la barbilla hacia los bajos de una furgoneta abandonada, aparcada entre la maleza—. Intenté sacarlo. Me mordió.

Carla se acercó despacio, con las manos abiertas y visibles, un gesto que había aprendido a usar con cualquier criatura asustada, humana o no. Se agachó junto a la furgoneta y miró hacia la oscuridad debajo del vehículo.

Dos ojos la miraron desde allí. Grandes, oscuros, con un anillo

ámbar alrededor de la pupila que no debería existir en ningún ojo humano normal. El resto del niño era apenas visible entre las sombras: un cuerpo pequeño y delgado, encogido contra el eje trasero de la furgoneta, temblando.

—Eh —dijo Carla, sin acercarse más—. No voy a hacerte daño.

El niño gruñó. No fue un sonido infantil, ni un gimoteo asustado. Fue un gruñido bajo, gutural, el tipo de advertencia que un animal acorralado emite justo antes de atacar o de huir.

—Lleva ahí más de una hora —dijo Daniel, en voz baja, detrás de ella—. No responde a nada. Ni a su nombre, si es que tiene uno. Ni a ninguna instrucción. Intentamos ofrecerle agua y casi le arranca los dedos al agente que se la acercó.

Carla se quedó inmóvil, estudiando al niño con la misma paciencia clínica que reservaba para las consciencias recién levantadas, esos primeros minutos frágiles en los que cualquier movimiento brusco podía romper el contacto para siempre. El niño no apartaba la vista de ella, aunque tampoco la sostenía del todo: sus ojos se movían constantemente hacia los bordes de su campo de visión, vigilando cualquier amenaza posible, incapaz de quedarse quieto ni un segundo.

Tenía el pelo negro, espeso y enredado, cayéndole sobre la frente en mechones sucios. La piel morena estaba cubierta de suciedad y, bajo ella, Carla distinguió lo que parecían cicatrices antiguas, demasiadas para un niño de esa edad. En un tobillo, apenas visible entre la sombra, algo brillaba: una marca circular,

como si llevara años sujeto a algo metálico.

—Voy a acercarme un poco —dijo Carla, sin dejar de mirar al niño—. Que nadie más se mueva.

—Carla...

—Nadie más, Daniel.

Se tumbó boca abajo sobre el asfalto agrietado, algo que sabía que ningún protocolo policial habría aprobado, y avanzó centímetro a centímetro hacia la furgoneta, manteniendo las manos abiertas frente a ella, lejos de cualquier gesto que pudiera interpretarse como amenaza. El niño retrocedió todo lo que el espacio le permitía, pegando la espalda contra el eje trasero, gruñendo con más fuerza.

—Ya sé —murmuró Carla, casi para sí misma—. Da miedo. Todo esto da miedo.

Siguió hablando en voz baja, sin decir nada en particular, solo dejando que el sonido de su voz llenara el espacio entre ambos de una manera que no exigiera respuesta. Había aprendido, trabajando con los muertos durante tantos años, que la voz humana podía funcionar como un ancla incluso cuando las palabras en sí no significaban nada para quien las escuchaba.

Poco a poco, el gruñido del niño empezó a perder intensidad. No desapareció por completo, pero se convirtió en algo más parecido a un quejido bajo, continuo, como el zumbido de un animal que ya no sabe si debe atacar o rendirse.

Carla extendió la mano, muy despacio, sin llegar a tocarlo todavía. El niño la observó, con el cuerpo entero en tensión,

listo para morder. Y entonces, algo cambió. Carla lo notó en el instante exacto en que ocurrió: el niño inclinó la cabeza hacia su mano extendida, olfateando el aire entre ambos con una fuerza que no tenía nada de humano.

—Eso es —dijo Carla, sin mover un músculo—. Solo eso.

El niño se acercó un centímetro. Luego otro. Y entonces, con un movimiento tan rápido que Carla apenas tuvo tiempo de reaccionar, salió de debajo de la furgoneta y se lanzó directamente hacia ella, aferrándose a la parte delantera de su camiseta con ambas manos, hundiendo la cara contra su hombro.

Carla se quedó por entero inmóvil, sintiendo el cuerpo pequeño y tembloroso pegado al suyo, los dedos del niño clavándose en la tela con una fuerza que no encajaba con su tamaño. Detrás de ella, escuchó a Daniel soltar el aire que llevaba conteniendo, y a los demás agentes murmurar algo que no llegó a entender del todo.

—No te voy a soltar —dijo, aunque no sabía muy bien a quién se lo estaba prometiendo, si al niño o a sí misma—. Está bien. Ya está.

Se incorporó despacio, con el niño todavía aferrado a ella, las piernas pequeñas rodeándole la cintura con la misma fuerza desesperada que sus manos. Pesaba menos de lo que debería para su edad aparente, y bajo la ropa sucia y rota, Carla notó las costillas marcadas contra su propio brazo.

—Necesita un médico —dijo, girándose hacia Daniel—. Ahora mismo.

—La ambulancia está esperando. Pero Carla...

—¿Qué?

Daniel dudó antes de continuar, mirando al niño con una preocupación que no lograba disimular completamente.

—El agente al que mordió va a necesitar una serie completa de pruebas. La herida no parece normal.

Carla bajó la vista hacia el niño, que seguía con la cara escondida contra su hombro, sin intención aparente de soltarla. Le apartó con cuidado un mechón de pelo sucio de la frente, y el niño se estremeció ante el contacto, pero no se apartó.

—¿Cómo de normal esperabas que fuera, Daniel? Este niño acaba de sobrevivir a lo que sea que pasó aquí esta noche.

—No estoy diciendo que sea su culpa. Estoy diciendo que necesitamos saber qué es exactamente.

Los técnicos forenses ya trabajaban alrededor del cuerpo junto a los surtidores, fotografiando cada ángulo de las heridas, recogiendo muestras que probablemente tardarían días en analizarse por completo. Carla caminó hacia la ambulancia que esperaba al final del camino de entrada, todavía con el niño pegado a ella, sintiendo cómo la tensión de su pequeño cuerpo no cedía ni un poco, como si en cualquier momento esperara que aquel breve refugio desapareciera.

Los paramédicos intentaron acercarse en cuanto la vieron llegar, y el niño reaccionó de inmediato, con un gruñido tan violento que ambos retrocedieron instintivamente.

—Dadme un minuto —dijo Carla, sentándose en el borde

trасero de la ambulancia sin soltar al niño—. Dejadme intentarlo primero.

Habló con los paramédicos en voz baja mientras el niño permanecía aferrado a ella, explicándoles lo poco que sabía, que no hablaba, que no toleraba que lo tocaran, que probablemente atacaría a cualquiera que se le acercara demasiado rápido. Uno de los paramédicos, una mujer de mediana edad con una paciencia que Carla agradeció en silencio, se ofreció a examinar al niño solo con la voz y la vista, sin tocarlo todavía, mientras Carla seguía sosteniéndolo.

—Voy a mirar tus brazos —dijo la paramédico, despacio, con la misma cautela que Carla había empleado minutos antes—. Solo mirar. No voy a tocarte.

El niño no respondió, por supuesto, pero tampoco atacó cuando la mujer se acercó lo suficiente para examinar, sin tocar, las marcas visibles en sus brazos y piernas. Cicatrices viejas, algunas ya blancas por el tiempo, otras más recientes. Marcas de cuerda o cadena en ambas muñecas. Y aquella extraña señal circular en el tobillo, que de cerca parecía la marca dejada por años de un grillete metálico ajustado demasiado apretado para un cuerpo en crecimiento.

—Va a necesitar ir al hospital —dijo la paramédico finalmente, con la voz llena de una furia contenida que Carla reconoció como propia—. Hay un centro especializado en casos sobrenaturales complicados, cerca del centro. Van a necesitar sedarlo para poder examinarlo bien, me temo.

—No.

—Carla, necesita atención médica real. Esto va mucho más allá de lo que podemos hacer aquí.

Carla miró al niño, que seguía con la cara escondida contra su hombro, la respiración todavía agitada contra su cuello. Sabía que la paramédico tenía razón. Sabía que aquel niño necesitaba cuidados que ella no podía proporcionarle en la parte trasera de una ambulancia aparcada frente a una gasolinera abandonada. Y sin embargo, algo en su interior se resistía con una fuerza que la sorprendió a ella misma.

—Voy con él —dijo finalmente—. A donde sea que lo lleven, voy con él.

—Eso no depende de mí.

—Entonces vamos a averiguar de quién depende, porque no pienso soltarlo hasta saberlo.

El sol ya empezaba a asomar por el horizonte cuando finalmente subieron al niño a la ambulancia, con Carla sentada a su lado, la mano del pequeño todavía cerrada con fuerza alrededor de su muñeca. Por la ventanilla trasera, Carla vio cómo Daniel se quedaba de pie junto a los surtidores, hablando por teléfono con alguien, con la expresión de un hombre que sabía que aquella noche acababa de convertirse en algo mucho más grande de lo que había imaginado al hacer la primera llamada.

El niño, agotado por fin, cerró los ojos contra su hombro, aunque sus dedos no aflojaron ni un momento su agarre. Carla se quedó mirándolo mientras la ambulancia arrancaba,

preguntándose quién era, de dónde había salido, y qué clase de mundo había construido a un niño capaz de gruñir como un animal acorralado, pero también capaz de buscar refugio en los brazos de una completa desconocida en el peor momento posible de su vida.

No tenía ninguna respuesta todavía. Pero mientras la gasolinera abandonada desaparecía detrás de ellos, Carla ya sabía que no iba a dejar de buscarlas hasta encontrarlas todas.

El trayecto hasta el hospital duró casi veinte minutos, y durante todo ese tiempo el niño no volvió a abrir los ojos, aunque tampoco llegó a dormirse completamente. Carla lo notaba en la forma en que su cuerpo seguía tenso contra el suyo, en la manera en que se sobresaltaba cada vez que la ambulancia pasaba sobre un bache o giraba demasiado rápido en una curva. Era el sueño ligero de alguien acostumbrado a despertar ante el más mínimo peligro, un sueño que probablemente llevaba años sin permitirse relajar del todo.

La paramédico, sentada frente a ellos, observaba al niño con una combinación de preocupación profesional y algo más personal que no intentaba disimular.

—Llevo doce años en esto —dijo, en voz baja, como si no quisiera despertar a nadie—. Nunca había visto marcas como las tuyas en un niño tan pequeño.

—¿Cuántos años le calculas?

—Es difícil saberlo. El tamaño sugiere seis o siete años, pero la desnutrición podría estar afectando el desarrollo. Podría ser

mayor de lo que aparenta.

Carla bajó la vista hacia la cabeza despeinada apoyada contra su hombro, hacia las manos pequeñas que seguían aferradas a su muñeca incluso en aquel estado de duermevela. Pensó en Angel, en lo mucho que necesitaría contarle todo aquello en cuanto tuviera un minuto libre, y en lo poco preparada que se sentía para lo que fuera que estuviera a punto de descubrir sobre el origen de aquel niño.

El teléfono le vibró en el bolsillo. Un mensaje de Daniel.

Forense confirma: garras, no arma. Buscando coincidencias en la base de datos. Te llamo en cuanto sepa algo.

Carla escribió una respuesta breve con una sola mano, sin soltar al niño, y guardó el teléfono de nuevo. Por la ventanilla, los primeros edificios del centro de la ciudad empezaban a definirse contra el cielo ya claro, y en algún lugar detrás de ellos, la gasolinera abandonada seguía siendo escenario de un crimen que ninguno de los presentes sabía todavía cómo empezar a explicar.

Cuando la ambulancia por fin se detuvo frente a la entrada de urgencias, el niño abrió los ojos de golpe, y el gruñido volvió, bajo pero constante, como si su cuerpo entero hubiera decidido, incluso medio dormido, que aquel nuevo lugar representaba una amenaza que había que vigilar de cerca.

—Vamos a entrar juntos —le dijo Carla, aunque sabía que no podía entenderla—. No te voy a dejar solo.

El niño no respondió, por supuesto. Pero cuando las puertas de la ambulancia se abrieron y la luz artificial del hospital cayó

sobre ambos, sus dedos se cerraron todavía con más fuerza alrededor de la muñeca de Carla, como si aquel gesto fuera la única promesa que necesitaba entender.

Ejercicios de vocabulario

Ejercicio 1. Completa las frases con la palabra correcta del vocabulario.

1. El cuerpo apareció junto a los surtidores de la _____ abandonada.

2. Las heridas del hombre parecían hechas por _____, no por ningún arma conocida.

3. El cadáver estaba completamente _____, como si algo lo hubiera atacado sin control.

4. Al ver que se acercaban, el niño empezó a _____ como un animal acorralado.

5. Cuando el agente intentó tocarlo, el niño lo _____ en el brazo.

6. El niño permanecía _____ bajo la furgoneta, sin atreverse a salir.

7. Carla reconoció en sus movimientos algo similar al _____, más que al miedo humano normal.

8. Nadie sabía si un niño así, criado en esas condiciones, podía considerarse sin reservas _____.

9. En cuanto Carla se acercó, el niño se _____ a su camiseta con las dos manos.

10. Al ver que no podía escapar, el agente joven _____ un paso, asustado.

Ejercicio 2. Relaciona cada palabra con su definición en ruso.

1. la cicatriz: a) кандалы, кольцо-оковы
2. el grillete: b) шрам
3. el frenesí: c) дрожать
4. temblar: d) убежище
5. el refugio: e) исступление, неистовство

Gramática: El pretérito pluscuamperfecto

En este capítulo aparece con mucha frecuencia un tiempo verbal que todavía no habíamos comentado en detalle: el pretérito pluscuamperfecto (в русском языке — предпрошедшее время). Se usa para hablar de una acción pasada que ocurrió antes de otra acción también pasada.

1. Formación

Se forma con el verbo haber en pretérito imperfecto + participio pasado del verbo principal:

había / habías / había / habíamos / habíais / habían + trabajado, vivido, hecho, dicho...

2. Por qué es tan importante en este capítulo

La historia de Teo se cuenta en dos capas de tiempo: lo que está pasando esta noche (pretérito indefinido: sonó, condujo, se agachó) y todo lo que le pasó antes, antes de que Carla lo encontrara (pluscuamperfecto: había aprendido, habían capturado, había sobrevivido). Este segundo nivel temporal es el que sugiere, sin explicarlo todavía, que la historia del niño empezó mucho antes de esta noche.

Ejemplos del texto: «había aprendido que la voz humana podía funcionar como un ancla», «llevaba años sin permitirse relajar del todo», «lo habían desgarrado».

3. Diferencia con el indefinido simple

Compara estas dos frases:

Carla llegó a la gasolinera. (acción simple, pretérito indefinido)

Cuando Carla llegó, el niño ya se había escondido bajo la furgoneta. (dos acciones pasadas, una anterior a la otra: pluscuamperfecto + indefinido)

El pluscuamperfecto siempre describe la acción que ocurrió primero, la más antigua de las dos, aunque en la frase aparezca en segundo lugar.

Respuestas

Ejercicio 1:

1. gasolinera · 2. garras · 3. destrozado · 4. gruñir · 5. mordió
· 6. agazapado · 7. instinto animal · 8. asilvestrado · 9. aferró ·
10. retrocedió

Ejercicio 2:

1-b, 2-a, 3-e, 4-c, 5-d

Capítulo 2. Sin nombre

Vocabulario del capítulo

Antes de leer, repasa estas palabras. Son clave para entender la escena.

la sala de urgencias — приёмный покой, отделение экстренной помощи

sedar / el sedante — давать успокоительное / седативное средство

la fractura (mal curada) — (неправильно сросшийся) перелом

la radiografía — рентген

el análisis de sangre — анализ крови

la desnutrición — истощение, недоедание

el examen físico — медицинский осмотр

resistirse (a algo) — сопротивляться (чему-то)

la camilla — каталка, кушетка

el expediente médico — медицинская карта

inusual — необычный

la fisiología — физиология

el diagnóstico — диагноз

contener (a alguien) — сдерживать, удерживать (кого-то)

consolidarse (un hueso) — срастаться (о кости)

El Hospital Ángeles de Misericordia no aparecía en ningún mapa turístico de San Antonio, ni en ninguna guía médica convencional. Ocupaba un edificio bajo y discreto a las afueras del centro, sin ningún letrero visible desde la calle, financiado en parte por el ayuntamiento y en parte por donaciones privadas de familias sobrenaturales que preferían mantener el anonimato. Era el único centro de la ciudad preparado para tratar heridas de garra, mordeduras de licántropo, quemaduras de plata y cualquier otra dolencia que un hospital normal no supiera ni por dónde empezar a clasificar.

Carla ya había estado allí antes, aunque nunca en aquellas circunstancias. Recordaba haber acompañado a Rafael en una ocasión, años atrás, cuando un miembro joven de su manada había recibido un disparo durante una patrulla nocturna que había salido mal. Recordaba también lo silencioso que era el edificio por dentro, un silencio distinto al de los hospitales normales, como si todos los que trabajaban allí hubieran aprendido, con el tiempo, a moverse sin hacer ruido innecesario alrededor de pacientes que ya tenían suficiente con lo que les había llevado hasta esas puertas.

El niño seguía aferrado a ella cuando cruzaron las puertas automáticas de urgencias, y la luz blanca y uniforme del pasillo pareció asustarlo todavía más que la ambulancia. Escondió la cara contra el cuello de Carla, temblando, y sus dedos se clavaron con más fuerza en la tela de su camiseta.

—Tranquilo. Ya casi estamos.

Una mujer los esperaba junto al mostrador de admisión, con una tablilla sujetapapeles en una mano y unas gafas finas apoyadas en la punta de la nariz. Era de estatura media, con el pelo negro cortado muy corto, casi al estilo militar, y una bata blanca impecable sobre un uniforme quirúrgico también blanco. Zapatillas deportivas blancas completaban la imagen de alguien que se había vestido esa mañana pensando exclusivamente en la eficiencia.

—Doctora Vázquez —se presentó, sin ofrecer la mano, algo que Carla agradeció en silencio dado que las suyas seguían ocupadas sosteniendo al niño—. Usted debe de ser la nigromante.

—Carla Ávila.

—Me han informado del caso. Necesito examinarlo cuanto antes.

—Va a ser complicado. No deja que nadie lo toque.

La doctora Vázquez la miró por encima de las gafas, con un gesto que no era exactamente hostil, pero tampoco especialmente cálido.

—Entonces vamos a tener que encontrar la manera de que sí lo permita. No puedo tratar lo que no puedo examinar.

Caminaron juntas hacia una sala privada al final del pasillo, lejos de las zonas más transitadas del hospital. La habitación tenía las paredes pintadas de un verde suave, una camilla baja cubierta con sábanas limpias, y ningún objeto metálico visible que pudiera asustar todavía más al niño. Carla se preguntó si aquel diseño

era deliberado, pensado para pacientes exactamente como el que llevaba en brazos.

—Vamos a intentarlo despacio —dijo la doctora, dejando la tablilla sobre una mesa auxiliar—. Siéntese con él en la camilla. Voy a acercarme solo para mirar, nada más.

Carla se sentó, y el niño se acomodó contra ella sin soltarla, con las piernas todavía enredadas alrededor de su cintura. La doctora Vázquez se aproximó despacio, con las manos visibles, en un gesto que a Carla le recordó incómodamente al suyo propio unas horas antes, junto a la furgoneta.

—Hola —dijo la doctora, con una voz que sorprendió a Carla por su suavidad, tan distinta del tono clínico que había empleado hasta entonces—. No voy a hacerte nada que duela. Solo quiero mirar.

El niño gruñó, bajo pero constante, sin apartar los ojos de las manos de la doctora. No atacó, pero tampoco relajó ni un poco la tensión de su cuerpo.

—Va a necesitar radiografías, análisis de sangre, un examen físico completo —dijo la doctora, sin dejar de observarlo—. Con la resistencia que está mostrando, lo habitual sería sedarlo.

—No.

—Señorita Ávila, entiendo su instinto de protegerlo, pero...

—No es solo instinto. Si lo sedamos ahora, después de lo que acaba de vivir, va a despertar en un sitio desconocido, sin nadie familiar cerca, y no tengo ni idea de cómo va a reaccionar. Podría empeorar las cosas.

La doctora Vázquez se quedó callada un momento, estudiando a Carla con la misma atención clínica que acababa de dedicarle al niño.

—¿Tiene alguna alternativa mejor?

—Dele tiempo. Y déjeme intentar ayudar con el examen, en lugar de sedarlo.

Tardaron casi una hora en completar lo que en circunstancias normales habría llevado quince minutos. Carla sostenía cada parte del cuerpo del niño mientras la doctora la examinaba desde una distancia prudente, describiendo en voz alta lo que veía para que una enfermera lo anotara todo sin necesidad de acercarse más de lo estrictamente necesario. El niño toleraba el proceso a duras penas, con gruñidos constantes y algún que otro intento de morder cuando la doctora se acercaba demasiado, pero no llegó a atacar en serio mientras Carla siguiera sosteniéndolo.

La enfermera, una mujer joven de nombre Priscilla que Carla no había visto antes en el hospital, se movía por la habitación con una eficiencia silenciosa, entregando instrumentos a la doctora sin necesidad de que se los pidiera en voz alta, anotando cifras y observaciones en una tablilla propia. En un momento dado, cuando el niño gruñó con especial fuerza al ver acercarse un termómetro, Priscilla simplemente retrocedió un paso y esperó, sin ninguna expresión de miedo ni de impaciencia, como si aquella clase de reacciones formara parte de su rutina habitual de trabajo.

—Múltiples fracturas antiguas, mal consolidadas —dictó la

doctora, examinando el brazo izquierdo del niño con los ojos entornados—. Radio y cúbito, probablemente hace dos o tres años. Nunca recibió atención médica adecuada. Se soldaron solas, torcidas.

Carla notó que se le revolvía el estómago, aunque llevaba diez años viendo cadáveres sin pestañear.

—¿Y eso qué significa?

—Que alguien le rompió el brazo y lo dejó sanar sin más. —La doctora pasó a examinar las piernas, deteniéndose especialmente en el tobillo derecho, donde la marca circular que Carla ya había visto junto a la furgoneta resultaba, bajo la luz del hospital, todavía más inquietante—. Esto es una marca de sujeción crónica. Años de un grillete metálico, ajustado una y otra vez conforme crecía. El tejido está completamente deformado alrededor del hueso.

—¿Cuántos años lleva así?

—Es difícil de calcular con precisión, pero la profundidad de la marca sugiere que empezó siendo muy pequeño. Puede que desde bebé.

El niño, ajeno a la conversación que discutía su propio cuerpo con tanto detalle clínico, había apoyado la cabeza contra el pecho de Carla y parecía haberse calmado ligeramente, aunque sus ojos seguían moviéndose sin descanso entre la doctora, la enfermera y la puerta de la habitación.

—Voy a necesitar una muestra de sangre —dijo la doctora finalmente, sacando un pequeño kit de extracción de un cajón—.

Esto va a doler un poco, y probablemente va a resistirse.

—Déjeme intentarlo yo.

La doctora Vázquez le tendió el kit sin discutir, algo que Carla no había esperado del todo, y le explicó en voz baja cómo sujetar el brazo del niño y dónde exactamente insertar la aguja. Carla habló con él durante todo el proceso, con la misma voz baja y constante que había empleado junto a la furgoneta, y aunque el niño se tensó y gruñó cuando sintió el pinchazo, no llegó a morder a nadie.

—Bien hecho —dijo la doctora, cuando terminaron, con una nota de aprobación genuina que suavizó por primera vez su expresión clínica—. La mayoría de mis colegas habría terminado con al menos un mordisco.

—No es la primera vez que trato con algo asustado y peligroso.

—Me lo imagino, dado su trabajo.

Llevaron las muestras al laboratorio del propio hospital, un espacio pequeño pero bien equipado al fondo del edificio, mientras una enfermera se quedaba con el niño en la habitación, manteniendo una distancia respetuosa que él pareció tolerar mejor de lo esperado, probablemente agotado por la tensión acumulada de las últimas horas.

—Necesito preguntarle algo —dijo la doctora, mientras preparaba las muestras para el análisis—. ¿Está segura de que es por entero humano?

Carla se quedó momentáneamente descolocada por la pregunta.

—¿Qué quiere decir?

—Sus ojos. El anillo ámbar alrededor de la pupila no es una característica humana normal, ni siquiera en casos de heterocromía. Y su forma de moverse, la manera en que olfatea el aire, la agresividad tan específica cuando se siente acorralado... todo eso apunta a una fisiología mixta.

—¿Licántropo?

—Posiblemente. Pero necesito los resultados del análisis para confirmarlo.

Los resultados tardaron cuarenta minutos en llegar, tiempo que Carla pasó sentada junto a la camilla, observando cómo el niño finalmente cedía al agotamiento y se quedaba dormido contra su costado, con el sueño todavía tenso e interrumpido de alguien acostumbrado a no confiar en la seguridad de ningún lugar. Le apartó con cuidado un mechón de pelo de la frente, y esta vez el niño ni siquiera se estremeció ante el contacto.

Durante aquella espera, Carla se permitió, por primera vez desde que había recibido la llamada de Daniel, quedarse completamente quieta, sin ningún protocolo que seguir ni ninguna decisión urgente que tomar. Miró las manos pequeñas del niño, todavía cerradas sobre la tela de su camiseta incluso dormido, y pensó en lo poco que sabía sobre criar o cuidar a un niño de cualquier tipo. Sabía hablar con los muertos. Sabía leer una escena de crimen, rastrear un vampiro renegado, negociar con el Maestro de una ciudad entera. No sabía absolutamente nada sobre qué hacer con un niño que llevaba, probablemente,

toda su vida corta aprendiendo que el mundo entero era una amenaza constante.

Cuando la doctora Vázquez regresó, traía una expresión que Carla ya empezaba a reconocer como su forma particular de mostrar preocupación: una tensión mínima alrededor de los ojos, apenas perceptible bajo la fachada profesional.

—Los resultados son... complicados —dijo, sentándose en una silla frente a la camilla, con la tablilla apoyada sobre las rodillas—. Tiene marcadores genéticos de licantrópía, eso está confirmado. Pero no coinciden limpiamente con ninguna línea conocida.

—¿Qué quiere decir con que no coinciden?

—Que hay rastros de al menos tres patrones genéticos distintos superpuestos. Como si alguien hubiera combinado deliberadamente varias líneas de licántropos diferentes en un mismo individuo.

Carla notó que un escalofrío le recorría la espalda, uno que no tenía nada que ver con ningún fantasma ni ninguna consciencia levantada de entre los muertos.

—Eso no ocurre de forma natural.

—No. —La doctora bajó la vista hacia la tablilla, como si necesitara un segundo antes de continuar—. Esto no es un niño que se perdió en el bosque y fue criado por lobos, señorita Ávila. Alguien lo diseñó. O al menos, diseñó la combinación genética que lo hizo posible.

El niño se removió ligeramente en sueños, sin llegar a

despertar, y Carla bajó instintivamente una mano hacia su espalda, como si aquel simple gesto pudiera protegerlo de una verdad que ya era demasiado tarde para cambiar.

—¿Puede saber quién?

—No con lo que tengo aquí. Pero puedo decirle una cosa con bastante certeza: esto no es un caso aislado. Nadie perfecciona una combinación genética así con un solo intento. Tiene que haber habido otros antes que él. Probablemente muchos otros.

La palabra quedó suspendida en el aire de la habitación, mientras fuera, en algún pasillo del hospital, una máquina emitía un pitido constante y lejano. Carla miró al niño dormido contra su costado, con sus cicatrices, sus fracturas mal curadas, la marca del grillete en el tobillo, y pensó en la gasolinera abandonada, en el cuerpo destrozado junto a los surtidores, en todo lo que todavía no sabían y que, sospechaba, iba a resultar mucho peor de lo que cualquiera de ellos estaba preparado para descubrir.

—Necesito hacer unas llamadas —dijo finalmente, con la voz más firme de lo que se sentía por dentro.

—¿A quién?

—A alguien que sepa más de licántropos que cualquiera de las dos.

La doctora Vázquez asintió, apuntando algo en su tablilla antes de levantarse.

—Voy a preparar una habitación para que pueda quedarse esta noche. Algo me dice que no va a querer alejarse de él, y sospecho que eso, de momento, es lo único que lo mantiene tranquilo.

—Gracias.

—No me dé las gracias todavía —dijo la doctora, ya en la puerta, con una expresión que había perdido por completo la distancia clínica de las primeras horas—. Algo me dice que esto apenas empieza.

Carla se quedó sola con el niño dormido, en la penumbra tranquila de la habitación, escuchando el pitido lejano de alguna máquina en otro pasillo del hospital. Sacó el teléfono con cuidado, procurando no mover el brazo donde el niño mantenía apoyada la cabeza, y marcó el número de Rafael sin pensarlo demasiado. Era tarde, casi mediodía ya, pero sabía que él respondería de todas formas.

—Ávila —contestó Rafael al segundo tono, con la voz todavía ronca de sueño—. Son las doce del mediodía. Espero que sea importante.

—Necesito que vengas al Ángeles de Misericordia.

—¿Estás bien?

—Yo sí. Necesito que veas a alguien.

Hubo un silencio breve al otro lado de la línea, el tipo de silencio que Carla reconocía en Rafael cuando algo en su tono le había puesto en alerta antes incluso de escuchar los detalles.

—Dame veinte minutos.

—Rafael.

—¿Sí?

—Trae toda la paciencia que tengas. La vas a necesitar.

Colgó antes de que él pudiera preguntar nada más, y se quedó

mirando al niño dormido, preguntándose cuántas capas más de aquella historia quedaban todavía por descubrir, y cuántas de ellas iba a poder soportar sin que se le rompiera algo por dentro que ya no supiera cómo volver a recomponer.

Veinte minutos después, tal como había prometido, escuchó pasos rápidos acercándose por el pasillo, y la puerta de la habitación se abrió con el cuidado de alguien que ya intuía, incluso antes de entrar, que debía moverse despacio. Rafael llevaba todavía la ropa con la que probablemente había dormido, el pelo oscuro revuelto y una expresión de alerta que sustituyó de inmediato cualquier resto de somnolencia en cuanto sus ojos se posaron sobre el niño dormido contra el costado de Carla.

Se quedó inmóvil junto a la puerta, sin acercarse más, con las fosas nasales dilatándose ligeramente mientras el aire de la habitación le llegaba con toda la información que sus sentidos humanos jamás podrían haber captado.

—Carla —dijo, en voz muy baja—. ¿De dónde ha salido este niño?

—Eso es exactamente lo que necesito que me ayudes a averiguar.

Rafael no se movió todavía, con los ojos fijos en el niño dormido, y durante un instante Carla vio pasar por su rostro algo que no supo nombrar del todo: una combinación de reconocimiento profesional y un horror mucho más personal, el de alguien que empezaba a sospechar, antes incluso de acercarse lo suficiente para confirmarlo, exactamente qué clase de historia

tenía delante.

Ejercicios de vocabulario

Ejercicio 1. Completa las frases con la palabra correcta del vocabulario.

1. El niño fue llevado directamente a la _____ del hospital especializado.

2. La doctora propuso _____ al niño para poder examinarlo sin peligro.

3. El brazo izquierdo mostraba una _____ antigua que nunca recibió atención médica.

4. Los técnicos pidieron una _____ para confirmar el estado exacto del hueso.

5. El _____ reveló marcadores genéticos de al menos tres líneas distintas.

6. Las costillas marcadas eran un signo evidente de _____ prolongada.

7. Durante el _____, el niño gruñó cada vez que alguien se acercaba demasiado.

8. El niño se _____ a cualquier intento de la enfermera de tocarlo directamente.

9. Carla lo sostuvo con cuidado mientras lo colocaban sobre la _____.

10. La doctora abrió un nuevo _____ para registrar cada hallazgo del caso.

Ejercicio 2. Relaciona cada palabra con su definición en ruso.

1. inusual: a) диагноз
2. la fisiología: b) необычный
3. el diagnóstico: c) сдерживать, удерживать
4. contener: d) физиология
5. consolidarse: e) срастаться (о кости)

Gramática: Necesitar que + subjuntivo

En este capítulo Carla usa varias veces la construcción «necesito que + subjuntivo» para pedir ayuda o exigir algo de otra persona. Es una de las estructuras más útiles del español para expresar necesidad dirigida hacia otra persona.

1. La regla básica

Cuando el sujeto que necesita algo es distinto del sujeto que debe realizar la acción, el segundo verbo va obligatoriamente en subjuntivo:

Necesito que vengas. (yo necesito, pero tú vienes: dos sujetos distintos, subjuntivo)

Compara con: Necesito venir. (el mismo sujeto para las dos acciones: infinitivo, sin que)

2. Ejemplos del capítulo

«Necesito que vengas al Ángeles de Misericordia», «necesito que veas a alguien», «necesito hacer unas llamadas». En el último ejemplo, Carla es quien necesita y quien llama, así que se usa el infinitivo, no el subjuntivo.

3. Otras expresiones con la misma estructura

La misma lógica se aplica a otros verbos de influencia: quiero que, prefiero que, espero que, pido que. Todos exigen subjuntivo cuando el sujeto de las dos acciones es diferente.

Ejemplo adicional: La doctora quiere que el niño se quede esta noche. Carla espera que Rafael llegue pronto.

Respuestas

Ejercicio 1:

1. urgencias · 2. sedar · 3. fractura · 4. radiografía · 5. análisis de sangre · 6. desnutrición · 7. examen físico · 8. resistía · 9. camilla · 10. expediente médico

Ejercicio 2:

1-b, 2-d, 3-a, 4-c, 5-e

Capítulo 3. No es un coyote

Vocabulario del capítulo

Antes de leer, repasa estas palabras. Son clave para entender la escena.

la línea (genética) — линия, порода (генетическая)

mezclar / la mezcla — смешивать / смесь

el cachorro — детёныш

la manada — стая

heredar / heredado — наследовать / унаследованный

sobrevivir — выживать

el híbrido — гибрид

forzar (una transformación) — принуждать (к превращению)

el control (sobre el cambio) — контроль (над превращением)

confiar (en alguien) — доверять (кому-то)

la protección — защита

el territorio — территория

la traición — предательство

silenciar (algo) — заставить замолчать, скрыть (что-то)

reclamar (a alguien) — заявить права (на кого-то), потребовать

Rafael no se movió durante casi un minuto entero.

Se quedó junto a la puerta, con la espalda apoyada contra el marco, los ojos fijos en el niño dormido y las fosas nasales dilatándose apenas de forma perceptible con cada respiración. Carla lo conocía lo suficiente como para reconocer aquel silencio: no era indecisión, sino un proceso mucho más antiguo que cualquier palabra, algo que su cuerpo hacía antes de que su mente terminara de entender lo que estaba percibiendo.

—Rafael.

—Dame un segundo.

Cerró los ojos. Carla lo había visto hacer eso antes, en otras ocasiones, cuando necesitaba concentrarse exclusivamente en el olfato sin la distracción de la vista. Contó mentalmente los segundos, once, doce, trece, hasta que Rafael finalmente abrió los ojos de nuevo y avanzó hacia la camilla con una lentitud calculada, cada movimiento medido para no provocar ninguna reacción brusca.

Se detuvo a poco más de un metro de distancia, arrodillándose despacio hasta quedar a la altura de los ojos del niño, aunque este seguía dormido. Olfateó el aire de nuevo, esta vez más cerca, y Carla notó cómo la expresión de Rafael cambiaba, capa a capa, de la curiosidad profesional inicial a algo mucho más sombrío.

—Coyote —dijo finalmente, en voz muy baja—. Hay coyote ahí. Pero no es solo eso.

—¿Qué más?

—Lobo. Y algo que no reconozco enteramente. Algo más

viejo.

El niño se removió en sueños, y Rafael se quedó completamente inmóvil, como si su propio cuerpo hubiera decidido, por instinto, minimizar cualquier posibilidad de asustarlo. Cuando el niño no despertó, Rafael se relajó apenas un poco, aunque sin apartar la vista de él ni un segundo.

—Explícamelo —dijo Carla—. Como si no supiera nada de licantrópía, porque en el fondo es así.

Rafael se sentó en el suelo, con la espalda contra la pared, en una postura que a Carla le pareció más animal que humana, las rodillas dobladas cerca del pecho, los brazos relajados sobre ellas.

—Las líneas de licántropos no se mezclan así, Carla. Nunca. Hay una razón biológica y también una razón cultural, y las dos son igual de importantes.

—Empieza por la biológica.

—Cada línea, coyote, lobo, lo que sea, lleva generaciones de adaptación genética muy específica. El cuerpo de un licántropo está diseñado, por decirlo de alguna manera, para transformarse de una forma concreta. Los huesos se alargan de cierta manera. Los músculos se reorganizan siguiendo un patrón que el cuerpo ya conoce, porque lo ha heredado. Cuando intentas mezclar dos líneas distintas de forma natural, casi siempre el cuerpo del cachorro no sabe qué patrón seguir. La mayoría no sobrevive a la primera transformación completa.

—¿La mayoría?

—Los híbridos naturales existen, pero son rarísimos, y casi siempre resultan en muertes tempranas o en transformaciones incompletas que dejan al individuo atrapado entre dos formas, incapaz de controlar bien ninguna de las dos. Por eso las manadas evitan los cruces entre líneas distintas. No es solo tradición. Es supervivencia.

Carla se quedó pensando en aquello, en la palabra supervivencia repetida como un mantra silencioso a lo largo de generaciones de licántropos que habían aprendido, probablemente a base de tragedias que ella nunca llegaría a conocer del todo, exactamente qué límites no se podían cruzar.

—¿Y la cultural? Dijiste que había dos razones.

—La cultural es más complicada de explicar a alguien que no ha crecido dentro de una manada. —Rafael se frotó la nuca, buscando las palabras—. Para nosotros, la línea no es solo genética. Es identidad. Es historia. Cada manada tiene sus propias costumbres, su propia relación con la luna, sus propios rituales de transformación que se transmiten de generación en generación. Mezclar líneas no es solo un riesgo físico. Es, para mucha gente mayor, casi una traición a lo que se supone que eres.

—¿Tú piensas así?

—Yo pienso que un niño no eligió nada de esto, y que cualquier tradición que lo condene por algo que otros le hicieron es una tradición que merece ser cuestionada. Pero no todo el mundo en las manadas grandes piensa igual que yo.

Carla bajó la vista hacia el niño, hacia sus brazos delgados,

sus costillas marcadas bajo la ropa prestada que le habían puesto en el hospital.

—Y él tiene tres líneas distintas.

—Según la doctora, sí. Y sigue vivo. Y según parece, ya se ha transformado al menos una vez, porque esas cicatrices no son de garras humanas ni de ningún arma. —Rafael se pasó una mano por la cara, un gesto de cansancio que Carla rara vez le veía hacer—. Eso no debería ser posible. A menos que alguien haya encontrado la manera de forzarlo.

—¿Forzarlo cómo?

—No lo sé. Nunca he oído hablar de nada parecido. Pero si alguien ha conseguido que un cuerpo con tres líneas mezcladas sobreviva a la transformación, eso significa años de experimentación. Décadas, tal vez. Con muchos fracasos antes de llegar a un solo éxito.

El silencio que siguió se instaló entre ambos con un peso casi físico. Carla pensó en el laboratorio del hospital, en la voz clínica de la doctora Vázquez explicando que aquello no podía ser un caso aislado, que tenía que haber habido otros antes que él, probablemente muchos otros. Pensó también en el cuerpo destrozado junto a los surtidores de la gasolinera, en las heridas que no encajaban con ningún patrón conocido de ataque licántropo.

—La víctima de esta noche —dijo, pensando en voz alta—. ¿Podría haber sido él?

Rafael se quedó pensativo un momento, estudiando al niño

dormido con una mezcla de compasión y cálculo profesional que Carla reconocía de sus años trabajando juntos en casos difíciles.

—Es posible. Las heridas que describes, el frenesí sin control, encajan con una transformación forzada en un cuerpo que nunca aprendió a manejarla. Un cachorro normal aprende a controlar el cambio poco a poco, guiado por su manada, durante años. Si a este niño lo obligaron a transformarse sin ningún tipo de guía, sin nadie que le enseñara a mantener algo de control...

—Entonces mató a ese hombre sin saber realmente lo que estaba haciendo.

—O sin poder evitarlo. Hay una diferencia entre las dos cosas, aunque el resultado final sea el mismo.

El niño abrió los ojos en ese momento, de golpe, como si algo en la conversación, tal vez el tono de las voces, tal vez algún cambio sutil en el ambiente de la habitación, lo hubiera arrancado del sueño. Se incorporó de inmediato, con todo el cuerpo en tensión, y sus ojos se posaron directamente sobre Rafael.

No gruñó.

Carla contuvo la respiración, esperando la reacción violenta que había presenciado con cada persona nueva que se había acercado desde la gasolinera. Pero el niño se quedó quieto, observando a Rafael con una fuerza distinta a la del miedo puro, algo más parecido a la curiosidad cautelosa de un animal que se encuentra con otro de una especie que reconoce, aunque no completamente.

—Hola —dijo Rafael, sin moverse de su sitio en el suelo, con

la voz baja y firme—. No voy a acercarme más de lo que tú quieras.

El niño ladeó la cabeza, un gesto que a Carla le recordó extrañamente a un perro estudiando un sonido desconocido. Olfateó el aire en dirección a Rafael, con las fosas nasales moviéndose de forma visible, y por primera vez desde que Carla lo conocía, algo similar a la tensión de su cuerpo cedió, aunque fuera solo un poco.

—Le hueles familiar —dijo Carla, casi sin darse cuenta de que hablaba en voz alta.

—Puede ser. Los licántropos reconocemos a otros licántropos por el olor, incluso a través de líneas distintas. Para él, aunque yo sea coyote y él sea quién sabe cuántas cosas a la vez, sigo siendo algo parecido a él. Más parecido, seguramente, que cualquier humano que se le haya acercado hasta ahora.

Rafael se acercó unos centímetros, despacio, sin dejar de hablar en aquel tono bajo y constante, y el niño lo dejó acercarse sin gruñir, aunque sus ojos no se apartaron de él en ningún momento. Cuando finalmente estuvo lo bastante cerca, Rafael extendió una mano, con la palma hacia arriba, exactamente de la misma manera en que Carla lo había hecho horas antes junto a la furgoneta.

El niño olfateó los dedos de Rafael durante varios segundos, con una concentración absoluta, y después, para sorpresa de ambos adultos, apoyó brevemente la frente contra el dorso de su mano, un gesto tan rápido que casi pareció accidental.

—Eso es una señal de confianza —dijo Rafael, con la voz cargada de una emoción que no intentó disimular—. Entre cachorros, es una manera de pedir protección a un adulto de la manada.

—¿Te está pidiendo protección?

—Creo que sí. O al menos está comprobando si puede pedírtela.

El niño se apartó después de aquel gesto, retrocediendo hacia Carla y aferrándose de nuevo a su brazo, aunque esta vez sin la urgencia desesperada de las primeras horas. Carla sintió algo removerse dentro de su pecho, algo a medio camino entre alivio y de una tristeza que no supo nombrar sin reservas, al ver cómo aquel niño pequeño calculaba, incluso en medio del terror, quién en la habitación podía representar seguridad y quién no.

—¿Tú tuviste manada cuando eras pequeño? —preguntó Carla, casi sin pensarlo, observando la forma en que Rafael seguía mirando al niño con una atención que parecía ir mucho más allá de lo profesional.

—Toda mi vida. Nací dentro de la manada del río, igual que mis padres y mis abuelos. —Rafael se apoyó contra la pared, con los brazos cruzados, la mirada perdida por un instante en algún recuerdo que Carla no podía ver—. Mi primera transformación completa la hice rodeado de doce personas que llevaban generaciones haciendo exactamente lo mismo. Alguien sujetó mis manos cuando empezó a doler. Alguien me enseñó a respirar para no perder la cabeza del todo. Alguien se quedó

despierto toda la noche siguiente, por si algo salía mal.

Señaló con la barbilla hacia el niño, todavía aferrado al brazo de Carla.

—Él no tuvo nada de eso. Y con tres líneas mezcladas, dudo mucho que su primera transformación fuera guiada por nadie que le quisiera bien.

El silencio que siguió a aquellas palabras pesó más que cualquier explicación clínica que la doctora Vázquez pudiera haber ofrecido horas antes. Carla bajó la vista hacia el niño, hacia sus manos pequeñas todavía aferradas a la tela de su camiseta, y sintió que la rabia que llevaba conteniendo desde la gasolinera empezaba a transformarse en algo más frío, más concentrado, una determinación fría con la que solía enfrentarse a cualquier caso que amenazara a quienes no podían defenderse solos.

—Necesito ver el lugar donde lo encontraron —dijo Rafael, poniéndose de pie con el mismo cuidado con el que se había sentado—. La gasolinera. Necesito olerlo yo mismo, ver si hay algo más que los humanos no habrían notado.

—Daniel todavía tiene el área acordonada. Puedo llevarte.

—¿Y él?

Carla miró al niño, que seguía aferrado a su brazo, con los ojos entrecerrados de nuevo, agotado por la tensión acumulada de las últimas horas.

—La doctora Vázquez dijo que iba a preparar una habitación para que me quedara esta noche. Voy a dejarlo descansar aquí. Angel puede venir a quedarse con él si yo tengo que salir.

—¿Angel? ¿La vas a meter en esto?

—Angel tiene más paciencia que cualquiera de nosotros dos juntos, y este niño necesita a alguien que sepa estar con él sin exigirle nada. —Carla se pasó una mano por el pelo, sintiendo el cansancio acumulado de una noche entera sin dormir—. Además, después de lo que pasó con Elena, dudo que se conforme con quedarse fuera de esto.

Rafael asintió, aunque su expresión seguía cargada de una preocupación que no terminaba de disolverse.

—Hay algo más que necesitas saber antes de que vayamos a la gasolinera.

—¿Qué?

—Las líneas de licántropos no se mezclan así porque sí, Carla. No es solo un accidente biológico poco común. Cualquier manada respetable evita esos cruces precisamente porque los resultados, cuando se dan de forma natural, suelen ser trágicos. Que alguien haya conseguido, deliberadamente, que esto funcione, con éxito, en al menos un individuo...

—Significa que ha habido muchos fracasos antes.

—Significa que ha habido muchos cachorros muertos antes de llegar a él. —Rafael bajó la vista hacia el niño dormido, con una mirada que Carla no le había visto nunca, ni siquiera en los peores casos que habían compartido a lo largo de los años—. Y significa que quien sea que esté haciendo esto, lleva mucho tiempo perfeccionando el proceso. Lo cual quiere decir que probablemente sigue haciéndolo ahora mismo, en algún lugar

que todavía no hemos encontrado.

La idea se asentó entre ambos con el peso de una certeza que ninguno de los dos quería confirmar todavía, pero que tampoco podían permitirse ignorar. Carla pensó en las palabras de la doctora Vázquez, en la seguridad clínica con la que había afirmado que aquello no podía ser un caso aislado, y tuvo la sensación de que el nudo que llevaba horas formándose en su estómago se apretaba un poco más.

—Voy a llamar a Daniel —dijo, sacando el teléfono—. Necesitamos refuerzos en esa gasolinera antes de que se pierda cualquier prueba que todavía quede. Y necesito que revise si hay denuncias de niños desaparecidos en los últimos años que encajen con su edad aproximada. Alguien tiene que estar buscándolo.

—¿Y si nadie lo busca?

La pregunta de Rafael quedó suspendida entre ambos, más pesada que cualquier otra cosa que hubieran dicho hasta entonces esa mañana.

—Entonces vamos a tener que ser nosotros quienes lo encontremos primero a él, en lugar de esperar a que alguien lo reclame.

—Y yo necesito hacer una llamada también.

—¿A quién?

Rafael dudó un instante, con una mirada que Carla no supo interpretar del todo, algo entre la resignación y la incomodidad.

—A alguien que conoce mejor que yo la política de las

manadas grandes. Si esto es tan serio como parece, no vamos a poder manejarlo solos, con los recursos de mi manada. Va a necesitar más gente, más territorio cubierto, más ojos vigilando.

—¿Confías en esa persona?

—No especialmente. Pero conoce el terreno mejor que cualquiera que yo pueda ofrecerte, y si de verdad hay más niños como este ahí fuera, no puedo permitirme el lujo de dejar mi orgullo por delante de encontrarlos a tiempo.

—¿Va a querer ayudar?

—Va a querer controlar la situación, que no es exactamente lo mismo. —Rafael suspiró, pasándose una mano por el pelo—. Las manadas grandes tienen una manera muy particular de ver este tipo de problemas. Para ellos, cualquier cosa que amenace con exponer a los licántropos ante los humanos es una amenaza existencial, más allá de cuántas vidas estén en juego. No me sorprendería que la primera reacción sea querer silenciar todo esto antes que resolverlo.

—Eso no me tranquiliza nada.

—No pretendía tranquilizarte. Pretendía que supieras con qué nos vamos a encontrar antes de que llegue.

Carla asintió, aunque algo en el tono de Rafael, aquella tensión apenas disimulada al mencionar a la persona en cuestión, le dijo que aquella llamada no iba a ser sencilla para ninguno de los dos. Miró al niño una vez más, dormido contra su costado, ajeno por completo a la conversación que decidía, en ese mismo instante, cuántas personas más iban a involucrarse en la búsqueda de la

verdad sobre su origen.

—Antes de que hagas esa llamada —dijo, deteniendo a Rafael cuando ya se dirigía hacia la puerta—. ¿Tiene nombre tu línea? La tuya, quiero decir. ¿Cómo se llama la línea a la que perteneces?

Rafael se detuvo, con una media sonrisa que no llegó del todo a sus ojos.

—Los coyotes de esta región nos llamamos a nosotros mismos la manada del río. Somos pequeños, discretos, no nos metemos en política si podemos evitarlo. Por eso confío en que este niño se sienta más seguro cerca de nosotros que cerca de cualquier manada más grande.

—¿Y la persona a la que vas a llamar?

—Pertenece a una manada mucho más grande, mucho más antigua, y mucho menos discreta. —Rafael se quedó un momento en el umbral de la puerta, con la mano apoyada en el marco—. Si te preguntas por qué dudo tanto en llamarlo, es porque sé exactamente lo que va a decir en cuanto vea a este niño. Y no creo que a ti te vaya a gustar su respuesta.

Salió de la habitación antes de que Carla pudiera preguntar nada más, dejándola sola con el niño dormido y con una sensación creciente de que aquella noche, que había empezado con una simple llamada de Daniel a las cuatro y media de la madrugada, apenas estaba empezando a revelar la verdadera magnitud de lo que tenían por delante.

Se quedó sentada junto a la camilla durante un largo rato,

escuchando la respiración tranquila del niño, preguntándose cuántas manadas, cuántas líneas genéticas, cuántos laboratorios secretos iban a tener que descubrir antes de encontrar a la persona responsable de todo aquello. Por la ventana, el sol de la mañana ya se colaba entre las persianas medio cerradas, iluminando con una luz dorada y completamente indiferente el rostro dormido de un niño que todavía no tenía nombre, ni pasado conocido, ni ninguna certeza sobre su futuro más allá de la mano que ahora mismo lo sostenía.

Angel llegó poco antes del mediodía, con el pelo todavía húmedo de la ducha y una bolsa de tela cargada de cosas que a Carla, en un primer momento, le parecieron por entero fuera de lugar en un hospital: un peluche pequeño con forma de zorro, un par de libros de cartón con dibujos simples, una manta suave de color amarillo.

—No sabía qué le podría gustar —dijo Angel, dejando la bolsa sobre una silla, con una sonrisa que no lograba ocultar del todo la preocupación en sus ojos—. Así que traje de todo un poco.

—Angel...

—No me digas que no hacía falta, Carla. Claro que hacía falta. —Se acercó despacio a la camilla, con el mismo cuidado instintivo que todos parecían haber aprendido a emplear alrededor del niño, y se sentó en una silla cercana, sin intentar tocarlo—. Hola, pequeño. Me llamo Angel. Voy a quedarme un rato contigo, si te parece bien.

El niño abrió los ojos, observándola con la misma cautela

reservada que dedicaba a cualquier desconocido, aunque esta vez, tras una noche entera de descubrimientos, algo en su postura parecía ligeramente menos tenso que antes.

—Voy a la gasolinera con Rafael —dijo Carla, recogiendo su chaqueta del respaldo de otra silla—. No debería tardar más de dos horas.

—Ve. Nosotros vamos a estar bien aquí, ¿verdad? —Angel le dedicó al niño una sonrisa amplia, del tipo que Carla la había visto usar con niños asustados en la sala de espera de la central de emergencias donde trabajaba, una sonrisa que prometía normalidad sin exigir nada a cambio—. Le voy a enseñar este zorro tan tonto que traje. A lo mejor hasta te cae bien.

Carla se detuvo en la puerta, mirando atrás una última vez. El niño seguía observando a Angel con desconfianza, pero no había gruñido, y sus manos, por primera vez desde que Carla lo conocía, no estaban aferradas a nada ni a nadie.

Quizás, pensó, aquello también era una forma de progreso.

Ejercicios de vocabulario

Ejercicio 1. Completa las frases con la palabra correcta del vocabulario.

1. Cada manada protege celosamente la pureza de su _____ genética.

2. _____ dos líneas distintas de licántropos casi nunca funciona de forma natural.

3. Un _____ normal aprende a controlar el cambio guiado por su manada.

4. Rafael pertenece a la _____ del río, un grupo pequeño y discreto.

5. Los rasgos físicos de cada línea se transmiten de generación en generación: se han _____.

6. Muy pocos híbridos naturales logran _____ a la primera transformación completa.

7. Un _____ genético tan complejo como el del niño es extremadamente raro.

8. Alguien parece haber logrado _____ una transformación en un cuerpo que no estaba preparado.

9. Rafael no tiene el _____ total sobre a quién va a llamar, pero confía en su conocimiento.

10. Carla teme que la manada grande solo quiera _____ el caso, en lugar de resolverlo.

Ejercicio 2. Relaciona cada palabra con su definición en ruso.

1. la protecció: a) территория
2. el territorio: b) предательство
3. la traició: c) заявить права, потребовать
4. reclamar: d) защита
5. confiar: e) доверять

Gramática: Oraciones condicionales

En este capítulo, Rafael y Carla construyen varias hipótesis sobre el origen del niño usando estructuras condicionales. Vamos a repasar los dos tipos más importantes para este nivel.

1. Condicional real (tipo 1)

Se usa para hablar de condiciones posibles o probables, con consecuencias reales o muy plausibles. Estructura: Si + presente de indicativo, futuro o presente.

Ejemplo del texto: «Si alguien ha conseguido que un cuerpo con tres líneas mezcladas sobreviva, eso significa años de experimentación». Aquí la condición ya se considera prácticamente confirmada, así que se usa el indicativo.

2. Condicional hipotético (tipo 2)

Se usa para hablar de situaciones poco probables o puramente imaginarias en el presente. Estructura: Si + imperfecto de subjuntivo, condicional simple.

Ejemplo: Si este niño hubiera tenido una manada, habría aprendido a controlar el cambio poco a poco. (En realidad no tuvo manada, así que la condición es contraria a la realidad conocida.)

3. Cómo distinguirlos en la práctica

Pregúntate si la condición es todavía posible o si ya sabemos que no se cumplió. «Si nadie lo busca, vamos a tener que encontrarlo nosotros» describe una posibilidad real y abierta: tipo 1. «Si hubiera crecido en una manada, sería distinto» describe algo que ya no puede cambiar: tipo 2, con pluscuamperfecto de subjuntivo en la condición.

Respuestas

Ejercicio 1:

1. línea · 2. mezclar · 3. cachorro · 4. manada · 5. heredado ·
6. sobrevivir · 7. híbrido · 8. forzar · 9. control · 10. silenciar

Ejercicio 2:

1-d, 2-a, 3-b, 4-c, 5-e

Capítulo 4. La jaula

Vocabulario del capítulo

Antes de leer, repasa estas palabras. Son clave para entender la escena.

el sótano / subterráneo — подвал / подземный

la jaula — клетка

la trampa — люк

las cadenas — цепи

el candado — навесной замок

arañar (las paredes) — царапать (стены)

la marca (de conteo) — засечка, отметка (для счёта)

el hedor — зловоние

hacinado / hacinada — скученный, набитый

la humedad — сырость

el eco — эхо

estremecerse — содрогнуться

la evidencia (forense) — улика (криминалистическая)

el instrumental (médico) — (медицинский) инструментарий

el desgaste — износ

La gasolinera abandonada se veía distinta bajo la luz del mediodía.

De noche, con las luces azules y rojas de los coches patrulla pintando las paredes derruidas, el lugar había tenido algo de escenario, casi de pesadilla organizada. Ahora, bajo el sol implacable de Texas, era solo un edificio viejo y olvidado, con el asfalto agrietado y la maleza creciendo entre las grietas, indiferente del todo a la violencia que había presenciado unas horas antes.

Daniel los esperaba junto a la cinta policial, con una taza de café que probablemente ya se había enfriado por segunda vez esa mañana.

—Los forenses terminaron con el cuerpo hace una hora —dijo, mientras Carla y Rafael se acercaban—. Pero hay algo que no encajaba, así que les pedí que esperaran antes de cerrar la escena por completo.

—¿Qué es?

—Mejor os lo enseño.

Los condujo hacia un lateral del edificio principal, donde una puerta metálica medio oxidada colgaba de una sola bisagra, dando acceso a lo que en su día había sido probablemente un almacén de mercancía o un cuarto de mantenimiento. El interior olía a humedad, a óxido, y a algo más que Carla no lograba identificar por completo, algo denso y desagradable que le recordó vagamente al olor de una perrera mal cuidada.

El sol de mediodía apenas lograba colarse por las ventanas rotas del almacén, dejando la mayor parte del interior sumido en una penumbra polvorienta que los obligó a encender las linternas

incluso antes de terminar de cruzar el umbral. Estanterías metálicas oxidadas, volcadas en su mayoría, ocupaban buena parte del espacio disponible, y el suelo estaba cubierto de una capa gruesa de escombros que crujía bajo cada paso.

Rafael se detuvo en el umbral, con el cuerpo entero en tensión, olfateando el aire con una concentración que Carla ya había aprendido a reconocer como una señal de alarma.

—Aquí hay más que uno —dijo, en voz baja—. Mucho más que uno.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que este sitio ha tenido más ocupantes de los que puedas imaginar. El olor está superpuesto, capas y capas de él, algunas más viejas, algunas recientes. Días, semanas, meses. No sé cuánto tiempo exactamente, pero desde luego más de lo que cualquiera querría creer.

Carla se quedó mirando el interior oscuro del almacén, sintiendo cómo el calor del mediodía texano contrastaba de manera casi obscena con la sensación de frío que le recorría la espalda. Pensó en todas las veces que había entrado en escenas de crimen a lo largo de los años, en todos los cadáveres que había levantado, en todas las verdades incómodas que su trabajo la había obligado a presenciar sin quitar los ojos de encima. Nada de eso la había preparado del todo para lo que Rafael acababa de describir con tanta naturalidad clínica.

—¿Puedes distinguir cuántos olores distintos hay? —preguntó, obligándose a mantener un tono profesional que no

sentía completamente.

—Todavía no con precisión. Necesito acercarme más. Pero si tuviera que dar un número aproximado ahora mismo, diría que no menos de una docena, y probablemente muchos más.

Daniel encendió una linterna, aunque la luz del día se colaba parcialmente por una claraboya rota en el techo, e iluminó un tramo de suelo cubierto de escombros y basura acumulada durante años de abandono.

—Ahí —dijo, señalando hacia una esquina donde parte del suelo de cemento parecía distinto al resto, más nuevo, con las juntas marcadas de una manera que no encajaba con el resto de la estructura original.

Carla se acercó, apartando con cuidado los escombros que cubrían parcialmente la zona, hasta que sus dedos encontraron el borde metálico de lo que resultó ser una trampilla, prácticamente invisible bajo capas de polvo y suciedad acumulada.

—Esto no es parte de la gasolinera original —dijo, pasando los dedos por el metal frío—. Alguien la instaló después.

—Los forenses la encontraron hace dos horas, cuando movieron unos palés viejos para revisar el resto del almacén —explicó Daniel—. La abrimos, bajamos lo suficiente para confirmar que había algo ahí abajo, y volvimos a subir. Quería que lo vierais con vuestros propios ojos antes de que entrara nadie más.

Rafael se acercó también, arrodillándose junto a la trampilla, con la mandíbula tensa.

—¿Bajamos?

—Espera. —Daniel levantó una mano—. Antes de bajar, quiero que sepáis algo. Llamé a la central en cuanto confirmamos que había algo ahí debajo. Van a mandar un equipo completo de investigación en cuanto terminemos la inspección inicial. Esto ya no es solo nuestro caso.

—¿De quién es, entonces?

—Todavía no lo sé. Pero algo me dice que en cuanto vean lo que hay ahí abajo, va a subir de categoría muy rápido.

Carla tuvo la sensación de que el nudo en su estómago se apretaba un poco más ante la idea de perder el control de la investigación justo cuando empezaban a entender la magnitud de lo que tenían delante. Pero asintió, porque sabía que Daniel tenía razón, y porque en el fondo, una parte de ella quería que hubiera más gente buscando respuestas, aunque eso significara compartir el caso con desconocidos.

—Mientras siga teniendo acceso al niño, no me importa quién más se involucre.

—Eso no depende de mí tampoco, Carla.

—Entonces vamos a asegurarnos de que dependa de la persona correcta.

Entre los tres levantaron la trampilla, revelando una escalera metálica estrecha que descendía hacia la oscuridad, y un olor que subió hacia ellos con una intensidad que hizo que incluso Daniel, acostumbrado a dos décadas de escenas de crimen, retrocediera un paso instintivo.

—Dios —murmuró.

—No es Dios quien hizo esto —dijo Carla, con una frialdad que no sentía completamente—. Vamos.

Descendieron uno tras otro, con las linternas encendidas cortando la oscuridad del sótano en franjas estrechas de luz. El espacio resultó ser más grande de lo que Carla había esperado, extendiéndose bajo buena parte del edificio principal, con el techo lo bastante bajo como para que Rafael tuviera que agachar ligeramente la cabeza.

El suelo de cemento estaba cubierto de una capa fina de polvo y suciedad acumulada, salpicado de manchas oscuras que ninguno de los tres necesitó comentar en voz alta para reconocer. En las paredes, tuberías oxidadas corrían de un extremo a otro del sótano, algunas goteando todavía un hilo constante de agua que se acumulaba en pequeños charcos sobre el cemento agrietado. El aire resultaba denso, casi sólido, cargado de un olor que ninguno de los tres iba a olvidar fácilmente.

Y entonces las vio.

Jaulas.

Alineadas contra la pared del fondo, construidas con barrotes metálicos soldados a mano, sin ningún tipo de precisión industrial, como si alguien las hubiera fabricado él mismo, una por una, a lo largo de mucho tiempo. Algunas eran del tamaño adecuado para un animal grande. Otras, la mayoría, eran mucho más pequeñas.

Demasiado pequeñas para cualquier animal adulto.

Carla se quedó inmóvil, con la linterna temblando ligeramente en su mano, mientras contaba mentalmente el número de jaulas visibles desde su posición. Ocho. Nueve, contando una medio oculta detrás de un pilar de soporte. Cada una equipada con un cuenco de metal oxidado, una manta raída, y en el suelo de varias de ellas, cadenas cortas ancladas a argollas empotradas en el propio cemento.

Se acercó a la primera jaula, la más grande de todas, y examinó el candado que todavía colgaba de la puerta, oxidado pero intacto. No era un candado cualquiera. Tenía un mecanismo de doble cierre, del tipo que se usaría para contener algo con fuerza suficiente para romper cerraduras normales.

—Esto no lo compró nadie en una ferretería —dijo, pasando los dedos por el metal—. Esto está reforzado a propósito.

—Para contener a algo que se transforma —dijo Rafael, con la voz tensa—. Un candado normal no aguantaría la fuerza de un licántropo en pleno cambio. Quien construyó esto sabía exactamente con qué estaba trabajando.

Carla avanzó hacia la siguiente jaula, más pequeña, y sintió que el estómago se le encogía al calcular las dimensiones exactas: apenas metro y medio de largo, poco más de un metro de alto. Ningún adulto podría estar de pie dentro de ella. Ni siquiera un niño de la edad aparente del que habían encontrado esa noche podría estirarse del todo.

—Hay tamaños distintos —dijo, en voz alta, más para sí misma que para los demás—. Como si estuvieran clasificados

por edad. O por fase de desarrollo.

—O por ambas cosas a la vez —añadió Daniel, iluminando con su linterna una hilera de jaulas todavía más pequeñas al fondo del sótano, apenas del tamaño necesario para un bebé.

Nadie dijo nada durante un largo rato. El único sonido en el sótano era el goteo constante de las tuberías oxidadas y la respiración de los tres, más pesada de lo normal, como si el propio aire del lugar se resistiera a entrar en los pulmones con facilidad.

—Carla.

La voz de Rafael sonó extrañamente contenida, y cuando Carla se giró hacia él, lo encontró arrodillado frente a una de las jaulas más pequeñas, con una mano apoyada sobre los barrotes.

—¿Qué pasa?

—Mira las paredes.

Carla se acercó, iluminando con su linterna el interior de la jaula. En la pared de cemento, justo al alcance de un niño pequeño sentado en el suelo, había marcas. Líneas cortas, agrupadas de cinco en cinco, arañadas en la superficie con algo afilado, tal vez una uña, tal vez un trozo de metal encontrado por casualidad.

—Está contando los días —dijo Carla, sintiendo cómo la voz se le quebraba ligeramente—. Alguien encerrado aquí estaba contando los días.

Contó los grupos de marcas, perdiendo la cuenta varias veces antes de completar el recorrido visual de toda la pared. Más de

cien. Fácilmente más de cien días marcados en aquella pared por alguien, probablemente un niño, que no tenía ninguna otra manera de medir el paso del tiempo salvo arañando piedra con las uñas.

Daniel se había quedado atrás, iluminando otra sección del sótano con su propia linterna, y su voz llegó desde la oscuridad con un tono que Carla no le había escuchado nunca en todos los años que llevaban trabajando juntos.

—Aquí hay más.

Se acercaron juntos hacia donde Daniel había encontrado algo, y Carla percibió que el aire se le atascaba en la garganta al ver lo que iluminaba su linterna: una mesa de trabajo improvisada, cubierta de instrumental médico oxidado, jeringuillas usadas, frascos vacíos sin etiquetar.

Siguieron explorando el sótano en silencio, documentando cada hallazgo con las cámaras que Daniel había bajado consigo, fotografiando las jaulas, las marcas en las paredes, la mesa de instrumental oxidado. Cerca de la mesa, apoyado contra la pared, había un pizarrón blanco cubierto de anotaciones escritas con rotulador, la mayoría ya borrosas por la humedad acumulada durante meses, ilegibles casi por completo salvo por algún trazo suelto que no llegaba a formar ninguna palabra reconocible.

—Vamos a necesitar que un especialista en restauración forense revise esto —dijo Daniel, fotografiando el pizarrón desde varios ángulos—. Si hay algo escrito debajo de la humedad, tal vez puedan recuperarlo con luz ultravioleta.

En una esquina alejada, Carla encontró lo que parecía ser una zona de almacenamiento distinta, con cajas de cartón húmedo apiladas contra la pared, la mayoría deshechas por el tiempo, vacías o con restos irreconocibles en su interior. Ninguna ofrecía ninguna pista inmediata, pero el simple volumen de cajas, docenas de ellas, sugería un uso prolongado del espacio que iba mucho más allá de un incidente aislado.

Cerca de las cajas, medio enterrado bajo un montón de trapos viejos, encontró algo que la detuvo en seco: un pequeño montón de juguetes improvisados, hechos a mano con materiales que no deberían haber estado disponibles en un lugar como aquel. Una figura tosca tallada en un trozo de madera, con forma vagamente animal. Un nudo de cuerda deshilachada, doblado una y otra vez hasta formar una especie de una pelota. Un botón perdido, pulido por el roce constante de dedos pequeños, como si alguien lo hubiera llevado consigo durante mucho tiempo, guardándolo como un tesoro diminuto en un lugar donde nada más le pertenecía.

—Rafael.

Su voz debió de transmitir algo distinto esta vez, porque Rafael se acercó de inmediato, deteniéndose junto a ella para observar el pequeño montón de objetos improvisados.

—Alguien intentaba hacerles la vida un poco más soportable —dijo, arrodillándose para examinar la figura tallada sin llegar a tocarla—. Esto no lo hizo ningún científico frío pensando solo en resultados. Esto lo hizo alguien con algo de corazón todavía

intacto.

—O algún niño, para otro niño.

Rafael levantó la vista hacia ella, con una expresión que Carla no supo interpretar del todo, mezcla de esperanza cautelosa y un dolor que no intentaba disimular.

—Eso sería casi peor, ¿no crees? Que ellos mismos tuvieran que consolarse entre sí, sin que ningún adulto se molestara en hacerlo por ellos.

Carla no respondió, incapaz de encontrar ninguna palabra que sirviera de consuelo ante algo así. Guardó los objetos con cuidado en una bolsa de evidencia aparte, separándolos mentalmente de todo lo demás encontrado en aquel sótano, como si merecieran un trato distinto, más delicado, que el resto de las pruebas frías de un crimen sistemático.

—Esto no es un experimento de un solo intento —dijo Rafael, todavía arrodillado junto a una de las jaulas más pequeñas, pasando los dedos sobre las marcas contadas en la pared—. Esto lleva años funcionando.

—¿Puedes calcular cuántos, por el desgaste de las jaulas?

Rafael examinó el óxido acumulado sobre los barrotes metálicos, la profundidad de las marcas de garras visibles en algunos de ellos, el nivel de deterioro general de las cadenas ancladas al suelo.

—Al menos cinco años. Probablemente más. Las jaulas más viejas del fondo tienen un desgaste que no se consigue en menos tiempo.

—Cinco años de niños contando días en la oscuridad.

—Cinco años, como mínimo.

—¿Estás bien? —preguntó Carla, acercándose.

—No. —Rafael se puso de pie, con los puños apretados a los lados del cuerpo—. Y no creo que vaya a estarlo hasta que encontremos a quien hizo esto y me asegure personalmente de que no pueda volver a hacerlo nunca más.

—Vamos a encontrarlos.

—Eso espero, Carla. Porque cada minuto que pasa, pienso en cuántos más como él puede que sigan ahí fuera, en algún lugar parecido a este, contando días en una pared que nadie más va a ver.

Daniel se acercó a ambos, guardando su cámara en la funda con un cuidado que contrastaba con la brusquedad de sus movimientos anteriores.

—Voy a necesitar que los dos hagáis declaraciones formales antes de que termine el día. Y Carla, el capitán va a querer hablar contigo directamente sobre el niño. Con un caso de esta magnitud, va a haber presión desde arriba para trasladarlo a custodia estatal.

—Eso no va a pasar.

—No depende de ti, y tampoco depende completamente de mí. Hay protocolos para menores en casos sobrenaturales, y ahora mismo, técnicamente, él encaja en varias categorías a la vez: posible víctima, posible testigo, y dado lo que pasó con el agente que mordió, posible amenaza.

—No es una amenaza. Es una víctima que no ha tenido más remedio que defenderse de la única manera que le enseñaron.

—Lo sé, Carla. Pero convencer de eso a un comité de servicios sociales que nunca ha visto nada parecido va a ser mucho más difícil de lo que crees.

Carla percibió que la frustración se le acumulaba en el pecho, mezclada con el cansancio de casi veinticuatro horas sin dormir y el peso todavía fresco de todo lo que acababan de descubrir en aquel sótano. Pensó en el niño, dormido en la habitación del hospital, con Angel a su lado enseñándole un zorro de peluche, ajeno enteramente a las decisiones burocráticas que ya empezaban a tejerse alrededor de su futuro.

—Voy a luchar por él, Daniel. Con o sin protocolo.

—No esperaba menos de ti.

Se quedaron los tres en silencio un momento, rodeando la trampa todavía abierta, mientras los técnicos forenses empezaban a montar el equipo necesario para procesar aquel sótano con el nivel de detalle que merecía. Carla observó cómo colocaban marcadores numerados junto a cada jaula, cómo fotografiaban cada centímetro de las paredes cubiertas de marcas de conteo, cómo todo aquel horror empezaba a transformarse, pieza por pieza, en evidencia catalogada dentro de un sistema que, con suerte, terminaría haciendo justicia a quienes habían sufrido allí abajo.

Subieron de nuevo a la superficie casi dos horas después, cargados de bolsas de evidencia, fotografías, y una certeza cada

vez más sólida de que aquello que habían encontrado en la gasolinera abandonada era solo la punta visible de algo mucho más grande, algo que llevaba años operando en las sombras de una ciudad que ni siquiera sospechaba su existencia. El sol de la tarde caía ya inclinado sobre el horizonte cuando Carla se detuvo un momento junto al coche, mirando hacia el edificio derruido que apenas unas horas antes le había parecido simplemente el escenario de un crimen más.

Ya no.

Ahora sabía que bajo aquel suelo agrietado, generaciones de niños habían contado días en la oscuridad, esperando algo que la mayoría probablemente nunca llegó a recibir. Y en algún lugar de la ciudad, o tal vez mucho más lejos, la persona responsable de todo aquello seguía libre, seguía trabajando, seguía añadiendo números a una lista que Carla apenas empezaba a intuir.

Rafael se acercó al coche, todavía con los restos de tensión visibles en cada línea de su cuerpo, y se apoyó contra la puerta del copiloto sin llegar a entrar.

—Voy a hacer esa llamada ahora —dijo—. Después de esto, ya no puedo permitirme seguir posponiéndola.

—¿Vas a contarle todo lo que encontramos?

—Tengo que hacerlo. Si hay más sótanos como este, repartidos quién sabe dónde, necesitamos más gente buscando, y necesitamos empezar ya. —Rafael se pasó una mano por el pelo, con un gesto cansado que Carla reconocía cada vez con más frecuencia en sí misma últimamente—. Solo espero que la ayuda

que consigamos no termine costando más de lo que aporta.

—¿Tan mal te cae esa persona?

—No es que me caiga mal. Es que representa una forma de pensar sobre los licántropos que yo llevo toda mi vida intentando evitar que se imponga en mi propia manada. Jerarquías rígidas, control estricto, desconfianza automática hacia cualquiera que no encaje en el molde. —Hizo una pausa, mirando hacia el edificio derruido de la gasolinera, ya iluminado por los últimos rayos de sol de la tarde—. Y me preocupa mucho cómo va a reaccionar exactamente ante un niño como este, criado fuera de cualquier molde reconocible.

Carla no supo qué responder a eso, así que simplemente asintió, guardando aquella preocupación junto a todas las demás que se habían ido acumulando a lo largo del día. Subió al coche, esperó a que Rafael hiciera lo mismo, y arrancó de vuelta hacia el hospital, dejando atrás la gasolinera abandonada y todo lo que su sótano había revelado, aunque sabía, con una certeza que no necesitaba ninguna confirmación adicional, que aquello no era ni de lejos el final de lo que estaban a punto de descubrir.

Ejercicios de vocabulario

Ejercicio 1. Completa las frases con la palabra correcta del vocabulario.

1. Bajo la gasolinera encontraron un espacio _____ oculto bajo una trampa.

2. Alineadas contra la pared había varias _____ de distintos tamaños.

3. La entrada al sótano estaba oculta bajo una _____ metálica cubierta de escombros.

4. Algunas jaulas tenían _____ ancladas a argollas en el suelo.

5. Uno de los _____ reforzados sugería que estaba diseñado para contener a algo fuerte.

6. En la pared, alguien había empezado a _____ líneas para contar los días.

7. El _____ que subía desde el sótano hizo retroceder incluso a Daniel.

8. Las jaulas más pequeñas mostraban signos de haber estado _____ durante mucho tiempo.

9. La _____ acumulada durante años había dañado buena parte del instrumental médico.

10. Cada nuevo hallazgo se convertía en una pieza más de _____ para el caso.

Ejercicio 2. Relaciona cada palabra con su definición en ruso.

1. el eco: a) содрогнуться
2. estremecerse: b) эхо
3. el instrumental: c) износ
4. el desgaste: d) инструментарий
5. hacinado: e) скученный, набитый

Gramática: Expresar probabilidad y suposición

Durante la investigación del sótano, Carla y Rafael no tienen certezas absolutas: solo pueden calcular, suponer, estimar. El español ofrece varias estructuras específicas para expresar ese grado de probabilidad, y este capítulo las usa constantemente.

1. Deber de + infinitivo

Se usa para expresar una suposición lógica, casi una deducción. Equivale a «probablemente» o «debe ser que».

Ejemplo del texto: «Debía de medir casi dos metros» (en el libro anterior); en este capítulo: la profundidad de las marcas «debía de» corresponder a años de uso.

2. El futuro de probabilidad

En español, el tiempo futuro no siempre habla del futuro real: también sirve para expresar una suposición sobre el presente.

¿Cuántos años tendrá? = No lo sé con certeza, pero calculo su edad. Tendrá seis o siete años.

3. Verbos y expresiones de estimación

Calcular, sospechar, suponer, probablemente, seguramente, con suerte. Todas estas palabras aparecen repetidamente en este capítulo porque ninguno de los personajes tiene todavía pruebas definitivas, solo indicios que hay que interpretar con cuidado.

Ejemplo del texto: «Probablemente hace dos o tres años», «con suerte, alguna huella», «sospecho que esto apenas empieza».

Respuestas

Ejercicio 1:

1. subterráneo · 2. jaulas · 3. trampa · 4. cadenas · 5. candados · 6. arañar · 7. hedor · 8. hacinadas · 9. humedad · 10. evidencia

Ejercicio 2:

1-b, 2-a, 3-d, 4-c, 5-e

Capítulo 5. Número treinta y siete



Vocabulario del capítulo

Antes de leer, repasa estas palabras. Son clave para entender la escena.

la placa (de identificación) — жетон, идентификационная табличка

grabar (un nombre) — гравировать, выбивать (имя)

viable — жизнеспособный

el registro (de datos) — реестр, журнал учёта

codificado / codificada — закодированный

la carpeta (de documentos) — папка (с документами)

el suministro — снабжение, поставка

la tapadera — прикрытие, ширма

la orden (judicial) — (судебный) ордер

el rastro (profesional) — след (профессиональный, документальный)

la fachada (profesional) — внешний облик, фасад (профессиональный)

la afinidad — родство душ, симпатия

catalogar — каталогизировать

el indicio — признак, намёк

reconocer (a alguien) — узнавать, признавать (кого-то)

Rafael se alejó unos metros del coche para hacer la llamada, aunque no lo suficiente como para que Carla dejara de escuchar fragmentos sueltos de la conversación, arrastrados por el viento

caliente de la tarde.

—Necesito que me escuches, no que me interrumpas... Sí, sé exactamente lo que estoy pidiendo... No, no puedo esperar hasta mañana.

Hubo un silencio largo, durante el cual Rafael se pasó la mano libre por el pelo, un gesto de tensión acumulada que Carla ya había aprendido a reconocer en él a lo largo de los años. Cuando volvió a hablar, su voz había bajado de volumen, aunque no de intensidad.

—No me importa lo que pienses de mi manada. Esto va más allá de cualquier rivalidad territorial que tengamos pendiente. Hay niños de por medio, Gabriel. Niños de verdad, no abstracciones políticas sobre las que discutir en una reunión de líderes.

Carla sintió que se le erizaba la piel al escuchar aquel nombre por primera vez, aunque no supo todavía qué significaba exactamente, ni por qué Rafael lo pronunciaba con tanta tensión contenida.

Colgó unos minutos después, con la mandíbula todavía tensa, y volvió hacia el coche sin ofrecer ningún detalle sobre lo que se había dicho.

—¿Y bien? —preguntó Carla.

—Viene de camino. Llegará esta noche o mañana a primera hora.

—¿Eso es bueno o malo?

—Todavía no lo sé.

—¿Gabriel?

Rafael la miró, sorprendido de que hubiera escuchado el nombre, aunque no pareció especialmente molesto por ello.

—Gabriel Navarro. Alfa de una manada mucho más grande que la mía, con territorio que se extiende bastante más allá de San Antonio. Tiene recursos que nosotros no tenemos, contactos que nosotros no tenemos, y una forma de resolver problemas que no siempre coincide con la mía.

—¿Debería preocuparme?

—Deberías estar preparada. Eso es distinto a preocuparte, aunque a veces la línea entre ambas cosas es más fina de lo que me gustaría.

No añadió nada más, y Carla decidió no insistir, sabiendo que Rafael necesitaba tiempo para procesar lo que aquella llamada implicaba, tanto para el caso como para él mismo. Condujeron de vuelta hacia la gasolinera, donde el equipo forense había ampliado bastante su presencia en las últimas horas: más furgonetas, más luces portátiles iluminando el interior del sótano, más técnicos moviéndose con la eficiencia metódica de quienes sabían que cada hora que pasaba aumentaba el riesgo de perder pruebas cruciales.

Daniel los recibió junto a la trampilla, con un rostro que Carla ya empezaba a asociar con malas noticias.

—Encontramos algo más. Necesito que lo veáis antes de que lo catalogemos oficialmente.

Los condujo de vuelta hacia el interior del sótano, ahora

mucho mejor iluminado gracias a los focos portátiles instalados por el equipo forense, hacia una mesa plegable donde varios objetos pequeños habían sido colocados sobre un paño blanco, cada uno con su propio número de evidencia junto a él.

—Estaban en una caja separada del resto —explicó Daniel, señalando hacia un pequeño montón de placas metálicas, similares entre sí, cada una con un número grabado—. Parecen etiquetas de identificación. Las estábamos catalogando cuando encontramos esto.

Levantó con cuidado, usando pinzas forenses, una de las placas, y la giró para que Carla pudiera ver ambas caras bajo la luz de los focos.

M-37.

Carla notó que el aire se le quedaba atrapado en el pecho.

—Es el mismo formato que las demás —continuó Daniel, con la voz cuidadosamente neutral, del tipo que empleaba cuando necesitaba mantener la objetividad profesional frente a algo que claramente lo estaba afectando también a él—. Pero mira el reverso.

Le dio la vuelta a la placa con las pinzas, y Carla se inclinó para observar de cerca. Grabado a mano, con trazos irregulares que sugerían prisa, tal vez miedo a ser descubierto, había un nombre.

Teo.

—¿Puede ser una coincidencia? —preguntó, aunque sabía que la pregunta era prácticamente retórica—. ¿Otro niño con el

mismo número?

—Encontramos otras treinta y seis placas en la misma caja —dijo Daniel, señalando hacia el resto de los objetos alineados sobre la mesa—. Numeradas del uno al treinta y seis. Ninguna de las otras tiene ningún nombre grabado. Solo esta.

Rafael se acercó también, observando la placa con un horror que apenas lograba contener bajo una furia que Carla nunca le había visto expresar hasta ese momento.

—Treinta y seis intentos antes de él —dijo, en voz baja—. Y solo el número treinta y siete llegó lo bastante lejos como para que alguien se atreviera a ponerle nombre.

—Eso no significa necesariamente que los otros treinta y seis murieran —dijo Carla, aunque la esperanza en su propia voz sonaba débil incluso a sus propios oídos—. Podrían haber sido transferidos, vendidos, cualquier otra cosa.

—Podría ser. —Daniel no sonaba convencido—. Pero dado lo que hemos encontrado aquí, las jaulas, las cadenas, el instrumental médico, no me parece la explicación más probable.

—Alguien intentaba hacerles la vida un poco más soportable —había dicho Rafael el día anterior, frente a los juguetes improvisados del sótano, y aquellas palabras volvieron ahora a la mente de Carla con un peso distinto, más concreto, al ver la placa con el nombre grabado a escondidas.

Carla tomó la placa entre sus propios dedos enguantados, sintiendo su peso pequeño y frío, pensando en el niño dormido en el hospital, en sus cicatrices, en la marca del grillete en el tobillo,

en la manera en que había apoyado la frente contra la mano de Rafael horas antes, en aquel gesto de confianza tan frágil y tan valiente al mismo tiempo. Treinta y siete. No un nombre desde el principio, sino un número, hasta que alguien, en algún momento de aquel proceso sistemático y monstruoso, había decidido que aquel niño concreto merecía algo más.

—Voy a encontrar a quien hizo esto —dijo, con una calma que no sentía en absoluto, una calma que reconocía como la fachada bajo la cual guardaba la furia más pura que había sentido en mucho tiempo—. Y no me va a importar en absoluto lo que digan sus abogados sobre sus derechos.

—Carla...

—No, Daniel. No necesito que me recuerdes los límites legales ahora mismo. Necesito un minuto para sentir esto antes de volver a ser profesional.

Daniel no dijo nada más, y Rafael se quedó a su lado, en un silencio que Carla agradeció más de lo que habría sabido expresar en voz alta. Se permitió, durante unos segundos, sostener toda la rabia y el dolor que llevaba conteniendo desde la noche anterior, desde el momento exacto en que había visto aquellos ojos ambarinos mirándola desde debajo de una furgoneta abandonada. Después, respiró hondo, devolvió la placa a la mesa con el mismo cuidado con el que la había tomado, y volvió a ponerse la máscara profesional que necesitaba para seguir adelante.

—¿Qué más hay en esa caja? —preguntó.

—Documentos, en su mayoría ilegibles por la humedad. Un par de fotografías, también dañadas. Y esto.

Daniel levantó una carpeta de plástico transparente, protegida de alguna manera del deterioro general del sótano, probablemente porque alguien la había guardado en un contenedor hermético que solo recientemente había empezado a fallar. Dentro, Carla distinguió páginas mecanografiadas, algunas todavía legibles a pesar del daño por humedad en los bordes.

—¿Puedo?

—Con cuidado. Los técnicos todavía necesitan fotografiarlo todo antes de que salga del sótano.

Carla abrió la carpeta con manos temblorosas, pasando las primeras páginas con la atención meticulosa de alguien acostumbrada a leer informes forenses, aunque nada en su entrenamiento la había preparado del todo para el contenido de aquellas páginas concretas. Tablas de datos, columnas de números que correspondían, según pudo deducir, a fechas de nacimiento estimadas, líneas genéticas combinadas, resultados de transformaciones registrados con una frialdad clínica que le revolvió el estómago.

—Esto es un registro completo —dijo, pasando las páginas cada vez más rápido—. Un registro de todo el programa.

—¿Hay nombres de responsables?

—Todavía no he encontrado ninguno. Todo está codificado, iniciales, tal vez, o algún tipo de sistema de referencia que no

reconozco. —Carla llegó a la última página legible, donde una tabla incompleta mostraba los últimos registros antes de que la humedad hubiera destruido el resto del documento—. Pero mira esto.

Señaló una fila concreta, donde el número 37 aparecía junto a una serie de anotaciones parcialmente ilegibles: fecha, línea genética, y una palabra que sí se distinguía con claridad entre el resto del texto dañado.

Viable.

—Lo consideraban un éxito —dijo Rafael, con un tono cargado de un desprecio que no intentó disimular—. Un resultado viable. Como si fuera un cultivo de laboratorio, no un ser humano.

—Necesito llevarme copias de todo esto —dijo Carla, dirigiéndose a Daniel—. Necesito que la doctora Vázquez lo vea. Podría ayudarla a entender mejor la fisiología del niño, y tal vez encontrar alguna pista sobre quién estuvo detrás del programa.

—Voy a pedir que se escaneen todas las páginas legibles esta misma tarde. Tendrás copias antes de que anochezca.

Carla asintió, devolviendo la carpeta a Daniel con el mismo cuidado con el que la había tomado, y se quedó un momento más observando la mesa cubierta de evidencia: las treinta y siete placas numeradas, los frascos vacíos, las jeringuillas oxidadas, todo el instrumental frío de un sistema que había tratado a niños como productos de un experimento prolongado. Se preguntó cuántas manos distintas habían pasado por aquella mesa a lo

largo de los años, cuántas personas habían sabido lo que ocurría allí abajo y habían decidido, por la razón que fuera, mirar hacia otro lado.

—Hay algo más que deberías saber —dijo Daniel, bajando la voz aunque no había nadie más cerca lo bastante como para escucharlos—. Uno de los técnicos encontró restos de correspondencia comercial entre las cajas más dañadas. Facturas, recibos de compra de material. Nada con nombres completos todavía, pero sí con el nombre de una empresa que aparece repetida varias veces.

—¿Qué empresa?

—Suministros Veterinarios del Sur. Con sede registrada en algún lugar de las afueras de la ciudad. Voy a solicitar una orden para investigarla en cuanto tengamos algo más sólido que unas cuantas facturas parcialmente ilegibles.

—¿Una empresa veterinaria comprando material para esto?

—O alguien usando una empresa veterinaria legítima como tapadera para conseguir suministros sin levantar sospechas. Jeringuillas, sedantes, material quirúrgico. Todo eso se puede justificar fácilmente si tienes la documentación correcta y nadie se molesta en investigar demasiado a fondo.

Carla notó que aquella información se sumaba al resto del peso que ya cargaba desde la noche anterior, otra pieza más de un rompecabezas que empezaba a sugerir una operación mucho más organizada, mucho más protegida por capas de legitimidad aparente, de lo que había imaginado al principio.

Pensó en la pregunta que Rafael había planteado unas horas antes, sobre cuántos más como aquel niño podían seguir ahí fuera, y sintió que la respuesta, fuera cual fuera, iba a resultar mucho peor de lo que cualquiera de ellos estaba preparado para asumir.

—Voy a volver al hospital —dijo finalmente—. Necesito estar con él cuando se despierte. Y necesito pensar en cómo voy a decirle, aunque no pueda entender las palabras, que ahora sabemos su nombre.

Rafael la acompañó hasta el coche, con la placa ya guardada en una bolsa de evidencia sellada que Carla llevaba consigo, autorizada expresamente por Daniel para poder compartirla con la doctora Vázquez.

—¿Vas a contárselo a él? —preguntó Rafael, mientras Carla arrancaba el motor—. Lo de su nombre, quiero decir.

—No sé si va a significar algo para él ahora mismo. Pero sí. Voy a decírselo. Merece saber que alguien, en algún momento de todo esto, lo vio como algo más que un número.

El trayecto de vuelta al hospital transcurrió en un silencio cargado de todo lo que ninguno de los dos había dicho todavía en voz alta. Carla pensó en la palabra viable, en cómo aquel término clínico, diseñado para describir experimentos de laboratorio, se había aplicado a un niño real, con miedo real, con la capacidad real de aferrarse a la ropa de una desconocida en busca de protección. Pensó también en las otras treinta y seis placas, en los treinta y seis intentos anteriores que probablemente nunca

llegarían a tener nombre alguno, ni justicia, ni ningún tipo de reconocimiento más allá de un número grabado en metal oxidado.

Cuando llegaron al hospital, encontraron a Angel sentada en el suelo de la habitación, con las piernas cruzadas, mostrándole al niño las páginas de uno de los libros de cartón que había traído por la mañana. El niño seguía manteniendo la distancia, sentado sobre la camilla con las rodillas pegadas al pecho, pero sus ojos seguían el movimiento de las páginas con una atención que Carla no le había visto dedicar a nada más desde que lo conocía.

—Ha estado mirando los dibujos durante casi una hora —dijo Angel, en voz baja, sin apartar la vista del niño—. No sé si entiende lo que representan, pero parece que le gustan los colores.

La doctora Vázquez entró poco después, con una tablilla bajo el brazo y la misma expresión de eficiencia contenida de siempre, aunque algo en su forma de moverse sugería que también ella llevaba el peso acumulado de un día especialmente largo.

—Me dijeron que encontraron documentación en el sótano —dijo, dirigiéndose directamente a Carla—. ¿Es cierto?

—Un registro parcial. Muy dañado por la humedad, pero legible en algunas partes.

Carla le entregó las copias que Daniel había conseguido adelantarle antes de salir de la gasolinera, y la doctora las examinó con la misma atención clínica que había dedicado horas antes al cuerpo del niño, pasando las páginas despacio,

deteniéndose de vez en cuando para releer algún fragmento con más cuidado.

—Esto confirma varias cosas —dijo finalmente, sin levantar la vista de los papeles—. La combinación de líneas genéticas no fue accidental. Siguieron un protocolo específico, ajustando variables entre cada intento. Esto es investigación aplicada, no experimentación caótica.

—¿Eso qué significa para nosotros?

—Significa que quien diseñó este programa tenía formación científica real. No es alguien improvisando en un sótano por diversión enfermiza. Es alguien que entendía genética, que entendía fisiología licántropa a un nivel que muy poca gente en esta ciudad posee.

—¿Cuánta gente tiene ese nivel de conocimiento en San Antonio?

—Contando solo a quienes trabajan legalmente en el campo, podría dar con una lista en un par de días. Pero si esta persona ha conseguido mantener esto en secreto durante al menos cinco años, según sus propios cálculos, dudo que aparezca en ninguna lista oficial de fácil acceso.

Angel, que había escuchado la conversación en silencio mientras seguía pasando las páginas del libro frente al niño, levantó la vista con una expresión pensativa.

—¿Y si no es alguien de aquí? Quiero decir, ¿y si vino de fuera, específicamente para hacer esto sin ser reconocido?

La doctora Vázquez consideró aquella posibilidad un

momento, con el ceño ligeramente fruncido.

—Es posible. Pero eso complicaría bastante la investigación. Necesitaríamos buscar más allá de los registros locales.

—Vamos a encontrarlo de todas formas —dijo Carla, con una determinación que no dejaba espacio para la duda—. Local o no, alguien con ese nivel de conocimiento deja rastro. Publicaciones académicas, formación universitaria, algún tipo de historial profesional. Nadie llega a ese nivel de sofisticación sin que quede algún registro en alguna parte.

—Estoy de acuerdo. Pero puede llevar tiempo, y mientras tanto, tenemos a un niño real que necesita cuidados reales, hoy, no cuando terminemos de identificar a los responsables.

La doctora se acercó a la camilla, examinando al niño desde la distancia prudente que ya se había convertido en rutina entre ambas, y anotó algo en su tablilla antes de continuar.

—Su estado físico general está mejorando ligeramente. Ha empezado a comer algo de la comida que le hemos dejado, aunque solo cuando cree que nadie lo está observando directamente. Es un buen indicio.

—¿Y su estado psicológico?

—Eso es mucho más difícil de evaluar sin herramientas diseñadas específicamente para un caso como el suyo. No tenemos ningún precedente clínico documentado de un niño criado en estas condiciones exactas. Vamos a tener que aprender sobre la marcha, y eso significa cometer errores en el camino.

Carla sintió el peso de aquella honestidad, la incertidumbre

real detrás de la fachada profesional que la doctora mantenía casi todo el tiempo, y por primera vez desde que se habían conocido esa misma mañana, sintió algo parecido a la afinidad genuina hacia aquella mujer que, bajo toda su frialdad clínica, parecía preocuparse tanto como cualquiera de ellos por el bienestar real del niño.

Carla se acercó despacio, sentándose en el borde de la camilla, y el niño la observó con la misma cautela de siempre, aunque algo en su postura, una tensión ligeramente menor en los hombros, sugería que empezaba a reconocerla como algo distinto de una amenaza constante.

—Tenemos que contarte algo —dijo, sacando con cuidado la placa metálica de la bolsa de evidencia, sosteniéndola de manera que el niño pudiera verla sin llegar a tocarla todavía—. Encontramos esto hoy. Tiene tu nombre.

El niño miró la placa, sin ninguna reacción visible al principio, y Carla sintió una punzada de decepción que se obligó a ignorar. No podía esperar que una pieza de metal significara nada para un niño que probablemente nunca había aprendido a asociar símbolos escritos con conceptos abstractos como la identidad o el nombre propio.

—Teo —dijo, pronunciando la palabra despacio, señalándolo suavemente a él mientras lo hacía—. Te llamas Teo.

El niño ladeó la cabeza, el mismo gesto que Carla había visto emplear con Rafael horas antes, y por un instante, algo en sus ojos pareció cambiar, aunque ella no habría sabido decir con

certeza si aquello era simplemente su imaginación desesperada por encontrar una señal de reconocimiento donde probablemente no la había.

—Teo —repitió Angel, con la misma suavidad, señalándose a sí misma después—. Angel.

El niño no respondió, por supuesto, pero tampoco apartó la mirada, y durante un largo momento, la habitación pareció contener algo cercano a la esperanza, frágil y minúscula, pero real, suspendida en el aire entre los tres.

Carla guardó la placa de nuevo con cuidado, decidida a que aquel pequeño trozo de metal, la única prueba de que alguien había visto a Teo como algo más que un simple número, no se perdiera nunca en los archivos fríos de ninguna investigación, sin importar cuántas manadas, cuántos agentes estatales, o cuántas complicaciones burocráticas todavía estuvieran por llegar.

Se quedó un rato más sentada junto a la camilla, observando cómo Angel continuaba pasando las páginas del libro, cómo el niño, Teo, seguía mirando los dibujos con una atención que empezaba a parecerse cada vez más a la curiosidad genuina de cualquier niño de su edad. Pensó en las treinta y seis placas sin nombre, en todo lo que todavía no sabían, en la llegada inminente de Gabriel Navarro y en todo lo que aquella visita probablemente iba a complicar. Pero por primera vez desde que había recibido la llamada de Daniel la noche anterior, permitió que un hilo delgado de esperanza se abriera paso entre tanta oscuridad acumulada.

Teo tenía un nombre. Y mientras ella pudiera evitarlo, nadie

iba a volver a reducirlo a un simple número nunca más.

Ejercicios de vocabulario

Ejercicio 1. Completa las frases con la palabra correcta del vocabulario.

1. En la caja encontraron treinta y siete _____ metálicas numeradas.

2. Alguien había decidido _____ un nombre en una de ellas, a escondidas.

3. Según los documentos, el sujeto número treinta y siete fue considerado _____.

4. El _____ parcial mostraba fechas, líneas genéticas y resultados.

5. La mayoría de los datos estaban _____, imposibles de leer sin más contexto.

6. Dentro de una _____ protegida encontraron páginas todavía legibles.

7. Una empresa veterinaria podría haber servido de _____ para comprar material.

8. Necesitaban una _____ judicial antes de poder investigar la empresa.

9. Alguien con ese nivel de conocimiento científico siempre deja algún _____ profesional.

10. Los técnicos empezaron a _____ cada objeto encontrado en el sótano.

Ejercicio 2. Relaciona cada palabra con su definición en ruso.

1. la fachada (profesional): a) родство душ, симпатия
2. la afinidad: b) признак, намёк
3. el indicio: c) внешний облик, фасад
4. reconocer: d) снабжение, поставка
5. el suministro: e) узнавать, признавать

Gramática: El participio pasado como adjetivo

Este capítulo está lleno de participios pasados funcionando como adjetivos: dañado, codificado, protegida, numeradas, grabado. Vamos a repasar cómo funcionan y por qué son tan útiles para describir el estado de las cosas.

1. Formación

Los participios regulares terminan en -ado (verbos en -ar) o -ido (verbos en -er/-ir): dañar → dañado, proteger → protegido, cubrir → cubierto (irregular).

Cuando el participio funciona como adjetivo, concuerda en género y número con el sustantivo al que acompaña: un documento dañado, una carpeta protegida, unas placas numeradas.

2. La diferencia entre acción y estado

Compara: Alguien dañó los documentos (acción, verbo conjugado) frente a Los documentos estaban dañados (estado resultante, participio como adjetivo). El segundo tipo de frase describe el resultado final de una acción, sin centrarse en quién la realizó.

3. Ejemplos del capítulo

«Un registro parcial, muy dañado por la humedad», «una carpeta protegida de alguna manera del deterioro», «treinta y siete placas numeradas». En los tres casos, el participio describe cómo quedó algo, no quién lo dejó así.

Esta estructura resulta especialmente útil en el lenguaje forense e investigativo, donde a menudo se describe el estado de una prueba sin saber todavía quién la puso en esas condiciones.

Respuestas

Ejercicio 1:

1. placas · 2. grabar · 3. viable · 4. registro · 5. codificados ·
6. carpeta · 7. tapadera · 8. orden · 9. rastro · 10. catalogar

Ejercicio 2:

1-c, 2-a, 3-b, 4-e, 5-d

Capítulo 6. La mujer de las cicatrices

Vocabulario del capítulo

Antes de leer, repasa estas palabras. Son clave para entender la escena.

el alfa (de la manada) — альфа (вожак стаи)

la desconfianza — недоверие

el recurso (disponible) — ресурс (доступный)

negociable / no negociable — подлежащий / не подлежащий
обсуждению

la vigilancia — слежка, наблюдение

el combate (clandestino) — (подпольный) бой

apostar (dinero) — делать ставку (деньги)

el cabo suelto — незавершённая нить, слабое звено

la cadena de seguridad — дверная цепочка

desconfiado / desconfiada — недоверчивый

ocultar (la identidad) — скрывать (личность)

el expediente (policial) — (полицейское) дело

arrancar (una parte del cuerpo) — вырвать (часть тела)

condenado / condenada — обречённый

la protección (personal) — (личная) защита

Gabriel Navarro llegó al hospital poco después de las nueve de la noche, sin ningún tipo de anuncio previo más allá de una

llamada breve de Rafael avisando que ya estaba en la ciudad.

Carla lo vio entrar por el pasillo desde la puerta de la habitación de Teo, y entendió de inmediato por qué Rafael había sonado tan tenso al mencionarlo. Era un hombre enorme, casi tan alto como Eric, aunque construido de una manera sin reservas distinta: no la elegancia atlética del vampiro, sino una masa muscular pesada, funcional, la de alguien que había pasado décadas resolviendo problemas con la fuerza bruta cuando la diplomacia no bastaba. Llevaba el pelo oscuro salpicado de canas cortado casi al rape, una barba corta bien cuidada, y una cicatriz que le atravesaba la ceja derecha, blanca contra la piel bronceada.

Se movía por el pasillo del hospital con la misma economía de gestos que Carla había observado en Rafael durante los últimos dos días, aunque en Gabriel aquella cualidad resultaba menos felina y más depredadora, como si cada paso estuviera calculado para cubrir el máximo territorio posible con el mínimo esfuerzo visible. Varias enfermeras que pasaban por el pasillo se apartaban instintivamente a su paso, sin que él pareciera darse cuenta siquiera del espacio que generaba a su alrededor.

—Así que esta es la nigromante —dijo, sin ningún preámbulo, deteniéndose a un par de metros de Carla con una evaluación silenciosa que a ella no le gustó nada—. Rafael me ha contado la versión resumida. Necesito la completa.

—Buenas noches también para usted.

Algo parecido a una sonrisa cruzó el rostro de Gabriel, aunque no llegó del todo a sus ojos.

—Perdóneme. Los modales no son mi especialidad cuando hay niños licántropos apareciendo en escenas de crimen. Prefiero ir directo al problema.

—Entonces vamos al problema. —Carla cruzó los brazos, sin moverse de la puerta de la habitación—. El niño se llama Teo. Tiene entre seis y ocho años, según los cálculos de la doctora que lo está tratando. Fue encontrado anoche junto al cadáver de un hombre destrozado por lo que parecen ser garras. Su fisiología combina al menos tres líneas genéticas distintas de licántropo, algo que según Rafael no debería ser posible de forma natural. Y en el sótano donde probablemente pasó gran parte de su vida, encontramos treinta y siete placas numeradas, cada una correspondiente a un sujeto de experimentación distinto.

Gabriel escuchó todo aquello sin cambiar de expresión, aunque Carla notó cómo sus manos se cerraban lentamente en puños a los lados del cuerpo.

—¿Y el niño es el treinta y siete?

—Sí.

—¿Los otros treinta y seis?

—No lo sabemos todavía. Pero dado lo que hemos encontrado, no soy optimista.

Gabriel se quedó en silencio un momento, con la mandíbula tensa, mirando hacia la puerta cerrada de la habitación donde Teo dormía, ajeno a la conversación que decidía, una vez más, cuántas personas más iban a involucrarse en su historia.

—Rafael dice que confía en usted —dijo finalmente—. Yo

no tengo ese lujo todavía. Pero voy a ofrecerle mis recursos de todas formas, porque lo que describe es exactamente el tipo de amenaza que ninguna manada puede permitirse ignorar.

—¿Y a cambio?

—A cambio, quiero acceso directo a cualquier información que encuentren. Sin filtros, sin retrasos burocráticos. Si hay más licántropos criados de esta manera ahí fuera, mi gente necesita saberlo tan pronto como ustedes, sin esperar a que la burocracia humana decida cuándo es momento de compartirlo.

Carla consideró aquella propuesta, sopesando el instinto protector que sentía crecer cada vez con más fuerza desde que había conocido a Teo contra la necesidad práctica de contar con todos los recursos posibles para encontrar a quien había hecho aquello.

—De acuerdo. Pero el niño no es negociable. No va a ninguna manada, no va a ningún programa de reasentamiento, no va a ninguna parte sin mi consentimiento explícito.

—Eso vamos a tener que discutirlo más adelante.

—No, Gabriel. Eso no es negociable ahora ni después.

Se sostuvieron la mirada durante varios segundos, ninguno de los dos dispuesto a ceder terreno, hasta que Rafael, que había permanecido en silencio observando el intercambio, finalmente intervino.

—Podemos discutir la custodia cuando sepamos más. Ahora mismo, lo urgente es encontrar a quien está detrás de esto antes de que produzca un número treinta y ocho.

Gabriel asintió, aunque la tensión entre él y Carla no desapareció por completo, simplemente quedó aparcada bajo la urgencia compartida de la investigación.

—¿Puedo verlo? —preguntó Gabriel, con un tono que sorprendió a Carla por su cambio repentino de registro, menos autoritario, casi vulnerable—. Solo un momento. Desde la puerta, si prefiere no dejarme entrar.

Carla lo estudió, intentando calibrar si aquella petición escondía alguna otra intención, pero no encontró nada en su expresión salvo lo que parecía ser una curiosidad genuina, tal vez incluso una necesidad personal de confirmar con sus propios ojos la magnitud de lo que Rafael le había descrito por teléfono.

—Desde la puerta. Y despacio.

Gabriel se acercó al cristal de la habitación, observando la figura pequeña del niño dormido bajo la luz tenue de la lámpara nocturna, con un rostro que se suavizó de una manera que Carla no había esperado presenciar en un hombre de su tamaño y reputación.

—Llevo treinta años liderando una manada —dijo, con la mirada fija del cristal—. He enterrado a más gente de la que me gustaría recordar. Pero nunca había visto algo así.

—¿Eso cambia su forma de pensar sobre él?

—Cambia mi forma de pensar sobre cuánto tiempo llevamos ignorando algo que debería haber sido imposible de esconder durante tanto tiempo.

Se apartó del cristal, recomponiendo de inmediato la fachada

autoritaria con la que había entrado, y Carla entendió que aquel breve momento de vulnerabilidad no iba a repetirse fácilmente delante de los demás.

—Rafael menciona una empresa. Suministros Veterinarios del Sur.

—Todavía estamos esperando la orden judicial para investigarla oficialmente.

—Yo no necesito ninguna orden judicial.

Carla lo miró con algo a medio camino entre alarma y curiosidad reticente.

—¿Qué está sugiriendo?

—Que mientras ustedes esperan el papeleo, yo puedo tener a alguien vigilando esa empresa esta misma noche. Legalmente, mi gente tiene tanto derecho como cualquier ciudadano a observar un edificio desde la calle.

—Vigilar, no allanar.

—Por supuesto. —La sonrisa de Gabriel esta vez resultó todavía menos convincente que la anterior—. Nada que su detective no pudiera aprobar sin problemas.

Daniel, que llegó unos minutos después, apenas tuvo tiempo de procesar la presencia de Gabriel Navarro en el pasillo del hospital antes de que Carla lo pusiera al día sobre el acuerdo alcanzado. Su expresión dejó claro que compartía buena parte de las reservas de Carla, aunque también reconoció, con la pragmática resignación de un policía acostumbrado a trabajar con recursos limitados, que la ayuda adicional probablemente iba

a resultar necesaria.

—Mientras nadie rompa ninguna ley que yo tenga que procesar después, no tengo ningún problema con vigilancia adicional —dijo, aunque su tono sugería que no confiaba del todo en que aquella condición se fuera a respetar sin fisuras—. Por cierto, tengo algo que podría interesaros a los dos.

Sacó su teléfono, mostrando una fotografía en la pantalla: un archivo policial antiguo, con la imagen de una mujer de rasgos latinos, pelo negro cortado a la altura de los hombros, una cicatriz visible cruzándole la mejilla izquierda, y una parte notable de la oreja del mismo lado ausente, como si hubiera sido arrancada hace años.

—¿Quién es? —preguntó Carla.

—Valeria Cruz. Detenida hace ocho años por participar en una pelea callejera que terminó con tres heridos graves. Los cargos se retiraron porque ninguno de los testigos quiso declarar, pero el expediente quedó archivado. —Daniel deslizó el dedo por la pantalla, mostrando notas adicionales—. Lo interesante es que su perfil biológico, registrado en el momento de la detención, coincide parcialmente con los patrones genéticos que la doctora Vázquez encontró en la sangre de Teo.

Gabriel se acercó para observar la fotografía con más atención, y algo en su rostro cambió, una tensión distinta a la que había mostrado hasta entonces.

—Conozco ese tipo de cicatrices —dijo, en voz baja—. Y esa oreja no se pierde en una pelea callejera normal. Se pierde en los

combates organizados, donde arrancar una parte del cuerpo del oponente cuenta como puntos extra para el público que apuesta.

—¿Combates organizados?

—Peleas clandestinas entre licántropos, a veces entre licántropos y otras criaturas. Ilegales en todos los sentidos posibles, pero extremadamente lucrativas para quien las organiza. Llevo años intentando erradicarlas de mi territorio, sin demasiado éxito.

Carla tuvo la sensación de que las piezas empezaban a encajar con una claridad incómoda. Si Valeria Cruz había participado en aquel mundo, y si su perfil genético coincidía con el de Teo, tal vez ella supiera algo sobre el origen del programa, sobre quién estaba detrás de la cría sistemática de licántropos destinados a la lucha.

—Necesito hablar con ella.

—La última dirección registrada es de hace seis años —dijo Daniel—. Pero mis contactos en la unidad de vigilancia comunitaria creen haberla localizado recientemente, viviendo bajo un nombre distinto en un complejo de apartamentos al sur de la ciudad.

—Vamos ahora.

—Carla, son casi las diez de la noche.

—Y cada hora que perdemos es una hora más que alguien podría estar usando para hacerle daño a otro niño como Teo. No pienso quedarme sentada esperando a que amanezca mientras eso sigue siendo una posibilidad real.

Nadie discutió aquello.

Condujeron hacia el sur de la ciudad en dos coches separados, Carla junto a Daniel, Rafael junto a Gabriel, aunque este último insistió en que solo Carla y Daniel se acercaran directamente al apartamento, argumentando que la presencia de dos alfas desconocidos podría asustar más de lo que ayudaría. Rafael no pareció especialmente satisfecho con aquella sugerencia, pero terminó aceptándola con la misma resignación pragmática que Daniel había mostrado antes.

El complejo de apartamentos resultó ser un edificio modesto de dos plantas, con pintura descascarillada y un aparcamiento mal iluminado donde varios coches viejos permanecían estacionados sin ningún orden particular. Un letrero medio roto en la entrada anunciaba el nombre del complejo, aunque varias letras habían caído hacía tiempo, dejando solo fragmentos ilegibles de lo que en su día debió de ser un nombre más completo.

Конец ознакомительного фрагмента.

Текст предоставлен ООО «Литрес».

Прочитайте эту книгу целиком, [купив полную легальную версию](#) на Литрес.

Безопасно оплатить книгу можно банковской картой Visa, MasterCard, Maestro, со счета мобильного телефона, с платежного терминала, в салоне МТС или Связной, через PayPal, WebMoney, Яндекс.Деньги, QIWI Кошелек, бонусными картами или другим удобным Вам способом.